



ESCUELA DE  
**POSTGRADO**  
UNIVERSIDAD CATÓLICA SAN PABLO

Trabajo de investigación para la obtención del grado de  
Maestro en Humanidades



# MAESTRÍA EN HUMANIDADES

**Posverdad y polarización desde el pensamiento de Hannah Arendt: *un análisis de la actualidad de sus planteamientos para la cultura contemporánea.***

Autor: Federico Gomez Drufovka  
Asesor: Dr. Juan David Quiceno Osorio  
Departamento de Humanidades  
Arequipa, 2025

# Trabajo de maestría - Federico Gómez Drufovka.pdf

## INFORME DE ORIGINALIDAD

<b>17</b> %	<b>17</b> %	<b>5</b> %	<b>9</b> %
INDICE DE SIMILITUD	FUENTES DE INTERNET	PUBLICACIONES	TRABAJOS DEL ESTUDIANTE

## FUENTES PRIMARIAS

<b>1</b>	<b>archive.org</b> Fuente de Internet	<b>4</b> %
<b>2</b>	<b>docplayer.es</b> Fuente de Internet	<b>1</b> %
<b>3</b>	<b>documents.mx</b> Fuente de Internet	<b>1</b> %
<b>4</b>	<b>hdl.handle.net</b> Fuente de Internet	<b>1</b> %
<b>5</b>	<b>significanteotro.files.wordpress.com</b> Fuente de Internet	<b>1</b> %
<b>6</b>	<b>eprints.ucm.es</b> Fuente de Internet	<b>1</b> %
<b>7</b>	<b>dokumen.pub</b> Fuente de Internet	<b>&lt;1</b> %
<b>8</b>	<b>e-spacio.uned.es</b> Fuente de Internet	<b>&lt;1</b> %
<b>9</b>	<b>www.scribd.com</b> Fuente de Internet	<b>&lt;1</b> %
<b>10</b>	<b>dadun.unav.edu</b> Fuente de Internet	<b>&lt;1</b> %

## **Agradecimientos**

*En homenaje a la memoria de mi padre (†) y en gratitud por su estímulo y testimonio.*

*A mi madre y mis hermanos, por el aliento permanente.*

*A los hermanos en la fe y la misión, por su paciencia y apoyo en este proyecto.*

*A la Universidad Católica San Pablo, a los que llevan adelante la Maestría en Humanidades y a mi asesor, por la guía y la oportunidad de crecimiento académico y personal.*

*A Dios, quien todo me lo ha dado como bendición.*

## **Resumen**

Este trabajo analiza la posverdad y la polarización, dos fenómenos contemporáneos de notable presencia en la última década en el debate público y que impactan la cultura actual más allá de la esfera política. Se examinan como dos caras de una problemática común desde el pensamiento de Hannah Arendt como marco conceptual, explorando sus ideas sobre la realidad política, la verdad factual y la transformación que exhiben en la mentalidad contemporánea. La obra de Arendt, aunque anterior a la posverdad y a la polarización como se entienden en la actualidad, ofrece una perspectiva pertinente sobre la irrelevancia de los hechos en la formación de opiniones.

La investigación encuentra en la idea de Arendt de la ruptura del pensamiento con la realidad y con la verdad factual, generada de manera progresiva desde la modernidad, el principal elemento constitutivo de ambos fenómenos. Se explora la vulnerabilidad de la verdad factual ante el poder político y ante las creencias, las emociones y las identidades, cuyo predominio reciente alimenta tanto la posverdad como la polarización, y a la vez es resultado del ambiente político divisivo que establecen estos fenómenos. En vista de la separación frente a los hechos pasados o presentes y la dificultad que ello significa para el encuentro de opiniones, se propone otra perspectiva de Arendt: la reconciliación reflexiva con la realidad, mediante un pensamiento crítico que busca distinguir hechos de opiniones y, dentro de la comprensión de la pluralidad, contribuye a recuperar la verdad y generar consensos. El trabajo ofrece, de esta manera, un marco teórico para comprender mejor los desafíos culturales y políticos de la posverdad y la polarización.

## **Palabras Claves**

Posverdad, polarización, Hannah Arendt, verdad factual, mundo común, reconciliación

## **Abstract**

This work analyzes post-truth and polarization, two contemporary phenomena that have had a notable presence in public debate over the last decade and impact current culture beyond the political sphere. They are examined as two sides of a common problem, using Hannah Arendt's thought as a conceptual framework, exploring her ideas about political reality, factual truth, and the transformation they exhibit in the contemporary mentality. Arendt's work, although predating post-truth and polarization as they are currently understood, offers a pertinent perspective on the irrelevance of facts in the formation of opinions.

The research finds in Arendt's idea of the rupture of thought with reality and factual truth, progressively generated since modernity, the main constitutive element of both phenomena. It explores the vulnerability of factual truth to political power and to beliefs, emotions, and identities, whose recent predominance fuels both post-truth and polarization and is, at the same time, a result of the disruptive political environment created by these phenomena. In view of the separation from past or present facts and the difficulty this poses for the convergence of opinions, another perspective derived from Arendt's thought is proposed: a reflexive reconciliation with reality, through critical thinking that seeks to distinguish facts from opinions and, within an understanding of plurality, contribute to recovering truth and generating consensus. The work thus offers a theoretical framework for better understanding the cultural and political challenges of post-truth and polarization.

## **keywords**

Post-truth, polarization, Hannah Arendt, factual truth, common world, reconciliation.

## Tabla de contenidos

Introducción .....	2
Estado de la cuestión.....	5
1. El contexto de la posverdad y la polarización.....	11
1.1. La posverdad en el mundo político contemporáneo .....	11
1.2. Connotación actual de la polarización.....	23
1.3. Simultaneidad de la posverdad y la polarización .....	29
1.4. Relevancia del pensamiento de Hannah Arendt .....	32
2. Un marco conceptual desde los planteamientos de Arendt.....	35
2.1. La dimensión política de la realidad.....	39
2.2. La verdad factual ante el poder político y la exaltación de la opinión.....	42
2.3. La vulnerabilidad de la verdad factual frente a la opinión, los sentimientos y la percepción identitaria.....	49
Conclusiones .....	63
Referencias bibliográficas .....	70

## Introducción

El presente trabajo se adentra en el análisis de dos fenómenos contemporáneos que han adquirido una presencia notable en el discurso público durante la última década: la posverdad y la polarización. Su relevancia reside en el impacto que ejercen sobre la cultura actual, moldeando la forma en que se percibe la realidad, se construyen opiniones y se interactúa en el espacio público. Ambos conceptos han trascendido el ámbito político, donde inicialmente se les prestó mayor atención, para permear otras esferas de la vida social, incluyendo la academia, la educación y las interacciones personales, incluso en niveles de carácter más privado. En ambos fenómenos se reconoce el impacto que ha generado la explosión de las redes sociales como medio de recoger información y de comunicar perspectivas personales e institucionales.

La posverdad ha sido tratada en abundantes espacios de la cultura y los medios de comunicación. Suele asociarse principalmente con términos recientes del mundo del internet, muchos de ellos del inglés, pero con uso habitual en otros idiomas: desinformación (información falsa o engañosa), *fake news*, realidades alternativas, *deep fakes*, *bots*, o *trolling*. Todos comprenden alguna forma de distorsión de la realidad, la propagación de mentiras directas o la confusión a través de verdades parciales con el fin de influir en la opinión pública, es decir, política. El problema, además de que se trata de una acción que se realiza de forma deliberada, es también el flujo y acogida de estas distorsiones sin una actitud crítica, o simplemente por conveniencia o empatía con lo que se presenta, relegando la consideración de la veracidad a un plano inferior.

La polarización es otro carácter que suele atribuirse al debate público actual. No se trata de simples manifestaciones de oposición sino de un nuevo tono de confrontación en el que se pone en juego algo más que las perspectivas políticas; se involucran realidades en las que las personas creen definir su propia identidad personal, lo que lleva a una mayor intensidad emocional, a un mayor apasionamiento e incluso una notable conflictividad en la expresión de las posiciones adoptadas y del rechazo a lo que se entiende en oposición. El fenómeno se observa en diversos escenarios, desde

el debate político hasta las interacciones en redes sociales, en las relaciones personales y también institucionales, donde el desacuerdo y la división en bloques enfrentados se ha vuelto habitual.

Al igual que en lo implicado en la posverdad, en la polarización de la opinión pública se percibe un desplazamiento de la relevancia de los hechos y del acuerdo que estos deberían generar. En la posverdad, se ignora o se distorsiona la realidad factual, reemplazándola por versiones convenientes a intereses particulares. La polarización, por su parte, fomenta la división y el enfrentamiento entre grupos, cada uno con su propia “verdad”. Esta fragmentación del espacio público, acentuada por la influencia de las redes sociales y los algoritmos que dirigen la información, genera un clima de incertidumbre y desconfianza que dificulta el diálogo y el consenso.

Se pretende en este trabajo un análisis de ambos fenómenos como dos caras de una misma problemática contemporánea. Para ello, haremos recurso de los planteamientos de la pensadora política alemana Hannah Arendt con la intención de identificar como elemento central y común de la posverdad y la polarización lo que ella definiría como un divorcio o una ruptura con la realidad, tanto en su origen como en sus consecuencias más profundas. En última instancia se trata de una pérdida del “tejido común”, de la realidad compartida que debería unir a las personas y las instituciones en el espacio público. Arendt comprendía que esta realidad común constituía el fundamento mismo de la vida política. Su análisis de esta base y de su vulnerabilidad ofrece un marco conceptual pertinente para la comprensión simultánea de la posverdad y la polarización. Desde esta perspectiva, se pretende encontrar algunas luces sobre actitudes necesarias dentro del debate público orientadas a recuperar el peso de la verdad y a generar consensos para el bien común.

El desarrollo del presente trabajo comienza con una exposición de las características fundamentales de los fenómenos de la posverdad y la polarización, tal como han sido descritos por autores destacados en la materia. Posteriormente, se procederá a analizar conceptos esenciales en el pensamiento político de Hannah Arendt, haciendo énfasis en su reflexión sobre la importancia de los hechos en la configuración de la opinión pública y en las formas en que se establecen distorsiones sobre la verdad factual y la consiguiente fragmentación en la realidad política, principalmente con el surgimiento de la mentalidad moderna, según la interpretación de Arendt. Finalmente, se presentará

su idea de “reconciliación con la realidad”, basada en la capacidad de comprensión desde el sentido común, como vía de respuesta frente a los desafíos derivados de la posverdad y la polarización.

## Estado de la cuestión

Desde inicios del presente siglo, y con mayor presencia en la última década, se analiza la problemática de la posverdad en la academia y en los medios de comunicación desde distintos ángulos. En este análisis está involucrada la filosofía, desde la reflexión sobre la naturaleza de la verdad, la psicología y la sociología en los hábitos de pensamiento y comportamiento, las ciencias de la comunicación que examinan la oferta y el consumo de información, o la teoría política que estudia cómo se tratan los hechos y la verdad en el debate público. Parte del objeto del presente trabajo es presentar algunos acentos significativos del debate entre quienes reconocen en la posverdad —a través de distintos elementos que componen lo que el término busca definir—, un desafío real para la convivencia global.

Los trabajos sobre el fenómeno de la polarización son también abundantes y de variada naturaleza, pues incluyen estudios estadísticos, también de corte experimental dentro de la neurociencia, y múltiples análisis de pensadores y críticos de actualidad política. La polarización que intentamos tematizar en este trabajo es aquella con carácter eminentemente político. Es decir, aquella que tanto se discute en medios informativos y de opinión en el tiempo presente. Hoy hablar de polarización es probablemente más común que hacerlo de la posverdad. Este hecho parece que se debe a que la posverdad es un término difícil de comprender en forma coloquial y, en los foros más intelectuales, tampoco encuentra unanimidad sobre su conveniencia. Sin embargo, hay acuerdo en lo que este intenta expresar: algún tipo de erosión de la verdad en una era de información como la actual.

Los autores seleccionados para revisar el panorama de la posverdad y de la polarización permiten comprender de manera introductoria lo que suele significarse por ambos términos, y permiten al mismo tiempo una idea de acentos particulares al momento de analizar los fenómenos. Cada uno presenta de alguna forma un enfoque particular, pero en su complementariedad, es posible establecer un marco general de las aproximaciones actuales sobre ambos fenómenos. En el caso de la posverdad, los análisis contienen enfoques éticos y pragmáticos como el de Ralph Keyes (Keyes

2011), o epistemológicos y esencialmente políticos como el que presenta Lee McIntyre (McIntyre 2015; 2018b). La polarización política ha sido estudiada con trabajos estadísticos y analíticos desde hace varias décadas, principalmente a partir de las divisiones partidistas. Más recientemente, otros tipos de polarización han llamado la atención al estudiar el compromiso político de la sociedad en general, más allá de la tradicional división de opiniones políticas: una polarización afectiva y otra que involucra identidades personales, en aspectos que tocan más directamente la conciencia de la dignidad personal —raza, religión, valores morales, sexo, entre otros—. Aunque muchos trabajos se enfocan en la situación de los Estados Unidos por la abundancia de información y por ser un caso paradigmático en su división bipartidista, hay un consenso en admitir que se trata de un fenómeno global (Naím 2019; Newman 2023). Para la presente investigación, el mayor interés se dirige hacia las características más novedosas de la polarización, que coinciden con la posverdad en el marco temporal —especialmente la segunda y tercera década del siglo XXI—, comparten el principal medio por el cual se expresan y se difunden —el entorno mediático y social del internet—, e involucran aspectos similares del pensamiento y del comportamiento humano: la aproximación a la verdad y la realidad y la interrelación de estas con las emociones, preferencias y convicciones personales, especialmente dentro de la dinámica del espacio público. La posverdad, por definición, implica una o varias formas de superar la verdad. La polarización que trasciende la simple diferencia de opiniones —por más radical que sea—, compromete una disputa que evita puntos de encuentro; sobre todo, la concurrencia en lo que debiera ser más evidente: los hechos y la realidad que estos reflejan.

Lo que estos autores describen acerca de la naturaleza, las manifestaciones y posibles raíces de la posverdad y la polarización, que se tratan en el siguiente capítulo, son pertinentes pero dejan abierta la discusión a un planteamiento más teórico sobre las cuestiones coyunturales, que permita comprender si la ocurrencia de ambos fenómenos y su alto impacto en el debate político es sólo una cuestión de coincidencia en un contexto común, o si hay una misma raíz que explique su surgimiento y el hecho de que uno y otro se nutran de los mismos elementos cognitivos, comportamentales, y de la misma ansia individual o colectiva de poder y reivindicación.

Un análisis de tipo teórico-filosófico sobre la polarización no se encuentra fácilmente puesto que la problemática suele tocarse estrictamente desde la dinámica política y observaciones prácticas de reacciones personales a esa misma dinámica. En cambio, en el caso de la posverdad es de esperarse que estudios de este tipo sean más frecuentes, ya que se plantea una problemática sobre uno de los conceptos primordiales del pensamiento filosófico, la existencia de la verdad junto a la posibilidad de conocerla y comunicarla. Uno de estos análisis filosóficos sobre la posverdad es el realizado por Maurizio Ferraris (Ferraris 2019), quien traza un recorrido que del pensamiento posmoderno desemboca en este nuevo estado de la verdad. Este filósofo trata la posverdad como “la popularización del principio fundamental de lo posmoderno”, y “una inflación mediática de lo posmoderno”, donde “no existen los hechos, solo las interpretaciones”. No es Ferraris el primero en vincular esta corriente del siglo XX con la posverdad; se trata de una relación que se establece de manera habitual. Keyes y McIntyre en sus obras anteriores también aluden a la posmodernidad como antecedente en su rechazo absoluto a la objetividad de la verdad, aunque abordan la cuestión con menos exhaustividad y profundidad y establecen sobre todo coincidencias entre el principio de la verdad como construcción social y las manifestaciones de la posverdad.

El aporte diferente del autor italiano está en el examen de la posverdad como problema filosófico fundamental, la consideración posmoderna de la verdad, o de “decirle adiós a la verdad” (Ferraris 2019, loc. 1902), que se ha expandido más allá del mundo académico y de manera generalizada gracias a la comunicación que permite el internet. En este sentido, se puede entender la posverdad como un estado cuantitativo (Julià 2022, 46) de la pérdida de valor de la verdad y, por tanto, de la falsedad. Si es un problema filosófico, Ferraris plantea una respuesta también filosófica, una nueva “teoría progresiva de la verdad” (Ferraris 2019, loc. 139) para resolver la confusión posmoderna entre ontología y epistemología, en la que la verdad es “el resultado tecnológico [por la interacción o la percepción] de la relación entre ontología [lo que hay] y epistemología [lo que sabemos]” (loc. 1974)<sup>1</sup>. No es ocasión de revisar en detalle la propuesta de Ferraris; tan solo hacer

---

<sup>1</sup> “Es necesario, por lo tanto, sustituir el hiperbólico (y falso) ‘no hay hechos, solo interpretaciones’ por el principio según el cual: *hay hechos precisamente porque hay interpretaciones*” (2019, loc. 2001).

notar su aproximación estrictamente filosófica a la explicación del problema y a la complejidad de su respuesta.

El objeto de este trabajo es encontrar un marco teórico que permita una mejor comprensión tanto del fenómeno de la posverdad como el de la polarización, sin pretender encontrar una propuesta específicamente filosófica, pero sí dentro de una conceptualización clara y a la vez, más cercana al sentido común. Manteniendo el análisis dentro de la esfera política, pero sin permanecer en la coyuntura de sus dinámicas propias. Para encontrar ese marco conceptual es clave analizar la posverdad no solo como un desafío filosófico, como un nuevo estado del antiguo debate sobre la existencia de la verdad, de todo tipo de verdad. Se busca centrar la atención en la tendencia emergente a superar aquella verdad que es más evidente, vinculada a la experiencia cotidiana y al sentido común, que debería ser la más sencilla de reconocer para establecer puntos en común y fomentar la construcción de un diálogo auténtico: la verdad de hecho o *verdad factual*. Siguiendo la misma intención de la autora alemana: “miramos hacia estos asuntos por causas políticas más que filosóficas y, por tanto, podemos no preguntarnos qué es la verdad y contentarnos con tomar la palabra en el sentido en que la gente la suele entender” (Arendt 2016, 243).

Se trata del tipo de verdad a la que más se refiere Hannah Arendt dentro de su *pensamiento político*, que no es propiamente filosófico (2010, 42), cuando se ha dedicado a la reflexión sobre el problema de la verdad y la mentira dentro de la dimensión política de la vida humana. De acuerdo con el razonamiento de Arendt, la “verdad a nivel factual”<sup>2</sup> es la “políticamente más importante” (2016, 244), porque la “textura del campo político” está constituida por acontecimientos que son fruto de las interrelaciones humanas (243). Por ello, al hablar de la polarización más nociva y de la posverdad, con la prescindencia de la información de los hechos que se evidencia en ambos

---

<sup>2</sup> La expresión es de Arendt, quien la utiliza en varias ocasiones; entre estas, en unas célebres frases dirigidas a su colega y amiga Mary McCarthy (en relación con críticas hechas a Arendt y sus comentarios al juicio de Eichmann): “*What a risky business to tell the truth on a factual level without theoretical and scholarly embroidery. This side of it, I admit, I do enjoy; it taught me a few lessons about truth and politics. [...] The hostility against me is a hostility against someone who tells the truth on a factual level, and not against someone who has ideas which are in conflict with those commonly held*” (Arendt y McCarthy 1995, 146; 148)

fenómenos, la verdad factual se convierte en el eje fundamental para el análisis de la cuestión objeto de este trabajo.

El vínculo entre la teoría de Arendt y la posverdad es referencia frecuente para autores que han revisado a fondo el fenómeno. Los mencionados en este trabajo en lo que respecta a la posverdad, como Keyes, McIntyre, Naím y Kakutani (Kakutani 2019, 8; Naím 2022, 163; McIntyre 2018b, 128; 2023, 8), mencionan brevemente algunas consideraciones de Arendt sobre la relevancia de la verdad factual y el lugar de la mentira en la vida política. Por supuesto, Arendt no habla directamente sobre posverdad al ser un concepto muy reciente, pero sí toca realidades muy cercanas a la situación presente. La vigencia de lo que escribía en su tiempo sorprende a muchos, como lo expresa Kakutani: “Lo que resulta alarmante para el lector contemporáneo es que palabras de Arendt suenan cada vez menos a mensaje de otro siglo y más a espejo que refleja, y de un modo aterrador, el paisaje político y cultural que habitamos hoy en día” (Kakutani 2019, 9). Aunque estos autores no pretendan igualar situaciones, es evidente que las observaciones de Arendt sobre las tácticas de erosión de la verdad dentro de los regímenes totalitarios de la posguerra —orientadas a difuminar la distinción entre lo verdadero y lo falso, los hechos y la opinión y al desafío directo de la realidad— (Arendt 2014, 634) son presentadas como analogía con la era de la posverdad. Kakutani las vincula con actitudes “de los aspirantes a autócratas” del presente y Naím con lo que él denomina “autocracias 3P” del siglo XXI —representantes del ejercicio integrado del populismo, la posverdad y la polarización—. Para el analista venezolano, aunque no la cita directamente, Arendt sería una de las pensadoras que observaron durante mucho tiempo “la lenta desintegración de un sentido compartido de la realidad [...] bajo la bota implacable de un régimen totalitario” (Naím 2022, 200), pero que hoy se percibe también bajo la manipulación de los nuevos autócratas.

Hay variedad de trabajos que encuentran coincidencias entre las definiciones de la posverdad actual y afirmaciones anteriores de Hannah Arendt en escritos como *Los orígenes del totalitarismo*, *Verdad y política* y *La mentira en la política*. En cambio, no parece que esto sea habitual en estudios dedicados sólo a la polarización política. En general, la referencia a Arendt suele presentarse con frecuencia en términos más descriptivos que analíticos, llamando la atención sobre los adelantos de

la pensadora alemana al tiempo más actual, o sobre cómo la posverdad actual comparte mucho del trato a la verdad en contextos políticos y culturales de tiempo atrás. El trabajo que se presenta procura adentrarse en las ideas de Arendt más allá de las descripciones confluyentes, con la idea de encontrar en su análisis sobre la verdad y la política y, más a fondo, en su aproximación a la relación entre pensamiento humano y realidad factual —o fáctica— (Arendt 2002, 171), un marco teórico conceptual que permita a la vez profundizar y aclarar mejor la problemática que plantean tanto la posverdad como la polarización.

# 1. El contexto de la posverdad y la polarización

## 1.1. La posverdad en el mundo político contemporáneo

El término posverdad (en inglés, *post-truth*) adquirió una presencia notable cuando en 2016 los editores del Diccionario Inglés Oxford eligieron *posverdad* como “la palabra del año”. Una selección anual que, según la institución británica, además de verificar la frecuencia en el empleo del término “refleja el *ethos*, temperamento, o preocupaciones de ese año particular y tiene potencial duradero como palabra de significación cultural”<sup>3</sup> (“*Oxford Word of the Year 2016 | Oxford Languages*”, s/f). En círculos académicos y en medios de opinión se ha asociado de manera habitual al ámbito político, y en el lenguaje anglosajón se suele aplicar a una especie de nueva etapa de la actividad pública como “*post-truth politics*” o, “política de posverdad”, donde se resalta la preposición (post) que indica un después, o *lo que sigue a*; una situación o un estado del concepto (verdad) entendido como superado o irrelevante. La iniciativa que realizó la selección justificaba entonces la relevancia de la posverdad más allá de su presencia y uso en el arraigo cultural manifestado en el recurso al término dentro de publicaciones de renombre sin la necesidad de incluir una aclaración o enunciar su significado.

Al realizar la selección, la publicación de Oxford definía la forma compuesta en inglés *post-truth* como un adjetivo, el cual denota unas “circunstancias en las que los hechos objetivos son menos influyentes en la formación de la opinión pública que el recurso a las emociones y creencias personales”<sup>4</sup>. El término equivalente en español, *posverdad*, tiene origen en la palabra del inglés, y fue incorporada en 2017 en el diccionario de la RAE en su versión web como un neologismo. Allí quedó definida luego de un proceso complejo, muy fino, y de mucho debate según lo explicó el director de la institución española (Fraga 2017), como una “distorsión deliberada de una realidad que

---

<sup>3</sup> Traducción propia

<sup>4</sup> “*Relating to or denoting circumstances in which objective facts are less influential in shaping public opinion than appeals to emotion and personal belief*”. La traducción es propia.

manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales”. Además de la incorporación como sustantivo, esta definición añadía la idea de manipulación intencionada. La posverdad como la cristalización de una acción estratégica.

Es importante mencionar que la relevancia del concepto de posverdad (igual que la de polarización), no viene dada por el reconocimiento o por la frecuencia en el uso de las palabras. Estas menciones son resultado de una presencia, de unos elementos o circunstancias a las que se les reconoce un influjo relevante en el pensamiento y en la cultura del presente. Como es propio de una moda, esta fluctúa apareciendo o ausentándose; lo mismo puede suceder con los términos de posverdad y polarización si se conciben sólo como una moda en el lenguaje. La verdadera relevancia no está en la palabra sino en lo que, con aciertos o imprecisiones y quizás simplificaciones, intentan describir en una sola “voz”. En este trabajo se parte de la premisa de que su mención frecuente es síntoma de fenómenos presentes en la cultura, incluso en el ámbito académico, trascendiendo la palabra en sí o su definición formal en el lenguaje.

El auge de la posverdad expresado por el reconocimiento del diccionario británico fue marcado por eventos del mismo año 2016 en los que se evidenciaron campañas de desinformación en masa a través de medios de comunicación informales y redes sociales. Es el caso de la campaña electoral en Estados Unidos, en la que es muy frecuente atribuir al candidato Donald Trump la difusión estratégica de datos erróneos o apreciaciones exageradas para mover a sus votantes, incluso llamándolo “el principal exponente de la política de la posverdad”<sup>5</sup> (*The Economist* 2016, 9). La campaña por la salida del Reino Unido de la Unión Europea, llamada “Brexit”, es otro caso emblemático citado por la prensa y diversos autores al analizar este fenómeno. Más recientemente, se ha vuelto a nombrar la posverdad dentro del análisis del conflicto bélico en Ucrania y la disparidad en la información según la parte donde se origine y se difunda. En forma paralela a la lucha armada se ha hecho manifiesta una intensa guerra mediática de datos y en lo que es habitual llamar “narrativas”. Por un lado, se busca justificar ataques y, por el otro, lograr apoyo internacional. No

---

<sup>5</sup> Traducción propia

es el propósito ahora entrar en estos detalles, sino de revisar algunas de las definiciones y los enfoques más relevantes.

Otra presencia de la posverdad se manifiesta implícita en cómo la verificación de información ha tomado un papel central en el periodismo actual y muchos medios han adoptado slogans y prácticas que reflejan esta tendencia. Es común que el prestigio de una cadena o diario haga referencia a su rigurosidad en presentar información veraz y verificada de posibles falsedades o que se cuente con secciones dedicadas a comprobar la veracidad de información que circula en el internet. A manera de ejemplo, se puede visitar en internet el “*Fact Checker*, la verdad detrás de la retórica” de *The Washington Post*, que utiliza una medida de “pinochos” para calificar la veracidad de los contenidos; “*BBC Veirify*” del medio principal británico; la sección “*Fact Check*” de CNN que tiene como slogan “*facts first*”, “primero los hechos”; o algunos sitios independientes como Factchequeado —que busca fortalecer la “alfabetización mediática”—; el portal “Colombiacheck.com”; ó “Polifact” de *The Poynter Institute*, con su medidor de verdad “*truth-o-meter*”.

Sin embargo, la presencia del concepto es anterior al año 2016. En 2004, Ralph Keyes, en su libro “*The Post-Truth Era*”, aunque no es el primero en promover el término, exploraba en detalle la erosión de la verdad en la sociedad contemporánea —especialmente norteamericana—, anticipando la creciente tolerancia hacia la deshonestidad y el engaño (Keyes 2011). Su enfoque no es político en primera instancia, sino más bien social y cultural, sin establecerse en un juicio moral, pero sí con una preocupación ética que resalta: sobre cómo se convive cotidianamente con el engaño, “la rutinización de la deshonestidad” o “la mentira casual”, “la pérdida del estigma asociado a decir mentiras y una aceptación generalizada del hecho de que se pueden decir mentiras con impunidad”<sup>6</sup> (13). Esta perspectiva, previa a la explosión de la relación entre posverdad y la acción política en la década posterior, resulta interesante al evidenciar la minusvaloración de la verdad, más allá de la parte que genera el engaño. El problema no se centra sólo en la persona o institución o los medios

---

<sup>6</sup> Traducción propia en esta cita y en adelante de la obra de Ralph Keyes.

deshonestos, sino en esa convivencia aceptada de facto con la mentira. Su definición de la posverdad refleja este punto de vista:

Aunque siempre ha habido mentirosos, las mentiras generalmente se han dicho con vacilación, una pizca de ansiedad, un poco de culpa, un poco de vergüenza [...]. Ahora, haciendo uso de nuestra inteligencia, hemos ideado justificaciones para manipular la verdad y poder engañar sin sentirnos culpables. Yo lo llamo posverdad. Vivimos en una era de posverdad. La posverdad<sup>7</sup> existe en una zona de penumbra ética [en la que] ideamos enfoques alternativos a la moralidad (2011, 15).

Keyes se refiere a una especie de sistema de “aproximaciones alternativas a la moral” (2011, 16) donde el engaño es algo aceptable, no totalmente “deshonesto”. La pregunta fundamental para él, antes que atender la mayor capacidad de mentir en la actualidad, consiste en revisar “qué circunstancias alientan salirse con la suya diciendo mentiras” (19); en tiempos en que “las circunstancias que toleran la deshonestidad han aumentado, mientras que las que fomentan la honestidad están en declive”. El acento moral se puede sintetizar en su referencia a la posverdad como “una era tolerante a la mentira” (155). Se trata de una propensión al engaño comúnmente visible en el ámbito político, aunque no de forma exclusiva. Aparece como característica de los políticos de todo tipo de posición ideológica, “más [como] un rasgo de personalidad que una tendencia política” (94). No se presenta generalmente como mentiras directas, sino en formas diversas de “estirar la verdad” o merodear los márgenes de la veracidad, para de manera repetida y “despreocupada”, “torcer los hechos según su propia conveniencia” (92), procurando mantener en todo momento el tono de verosimilitud.

En este nuevo panorama ético las instituciones de educación superior y sus miembros, contrariamente a las expectativas de que sean custodios de la verdad y la objetividad, a menudo terminan contribuyendo al problema. Keyes advierte “cuán lejos ha caído la estima por la veracidad dentro de los muros académicos” (2011, 97). Además de las consideraciones éticas tanto en los profesionales y en los estudiantes, presenta el deterioro de la veracidad ante una permisividad en las mentiras con el fin de servir a una “verdad mayor” (101), o cuando la verdad es promovida en la academia como una construcción social relativa, lo que el autor estadounidense atribuye al

---

<sup>7</sup> “*Post-truthfulness*”

pensamiento posmoderno con el precedente de la tolerancia —e incluso el elogio— a la mentira en las ideas de Maquiavelo, Nietzsche y Wittgenstein. Keyes plantea el posmodernismo como el “trasfondo intelectual” de la posverdad, a partir de la degradación o el abandono de la noción de verdad en favor de las interpretaciones y las narrativas. Desde esta perspectiva, lo factual debe estar subordinado a verdades “más amplias” en búsqueda de algún fin mayor (102). Esto es lo que a su vez asigna a los “totalitaristas de toda estirpe”, quienes sintonizan “en que el concepto de verdad objetiva es demasiado exiguo, demasiado rígido para dar cabida a la grandeza de su visión” (103). En general, la misma noción de que la verdad es construcción social o de que lo objetivo puede manipularse para adaptarlo a fines particulares, termina siendo un sustento y un generador de arbitrariedad en cualquier tipo de poder y en el ambiente intelectual. La erosión de la verdad como forma de deshonestidad, tanto en la política como en la academia, conduce a que se acepte cualquier narrativa mientras sea auténtica, pero no necesariamente en sentido factual. Esto da lugar a una actitud generalizada frente a la verdad que, “saltando los muros de la academia” —con inclinaciones posmodernistas—, ha permeado hacia ámbitos más amplios de la sociedad. Aun cuando no se conozca el significado de posmodernidad, su versión “quimérica” de la verdad alcanza hoy los “foros” de la vida cotidiana; hoy “no hay eso de una verdad literal, solo lo que la sociedad etiqueta como verdadero” (102). Se impone así el auge de las narrativas y la posibilidad de contar historias con verdades alternativas “sin empantanarnos en nimiedades sobre simples hechos” (109).

Keyes llama la atención sobre un “clima moral” desarrollado sobre todo a fines del siglo XX pero que deja un legado al siguiente, que proponía un nuevo tipo de *autenticidad* o de “honestidad” asentada en lo emocional, —lo que llama “honestidad emocional”—: donde sentirse bien con uno mismo es un fin más importante que la sinceridad, una cultura en la que “ser *real* es el imperativo”, pero en desconexión con la verdad o la realidad de lo factual (2011, 136). La posverdad es vista por Keyes, en sintonía con las definiciones de diccionario posteriores, como una era de “verdad emocional” (*feeling-truth*) (137). Muestra aquí nuevamente su perspectiva con acento ético y psicológico, menos político que los desarrollos más recientes de otros autores.

Finalmente, del análisis de Ralph Keyes, se puede resaltar el papel que juega la tecnología en el avance de la posverdad. Hoy se mencionan las redes sociales como importantes medios de erosión de la verdad. Sin embargo, antes de la aparición de los fenómenos de *twitter*, *whatsapp*, *instagram*, o *tik tok*, Keyes se refiere al desarrollo de la *world wide web* como promotor de un elemento característico de la posverdad, la desinformación, y la tecnología en general, como medio facilitador del engaño y las aproximaciones carentes de juicio crítico. Las nuevas tecnologías digitales se convierten en un espacio apropiado para faltar a la verdad, según Keyes, porque permiten una comunicación menos personal: resulta más fácil mentir detrás de un mensaje de voz, o un mensaje de texto que hacerlo en frente de otra persona. Además, esos contenidos pueden ser fácilmente manipulados para reforzar el engaño. Se produce una permisividad mayor cuando “una mentira digitalizada no parece tener la misma gravedad que una dicha en persona o murmurada por teléfono” (2011, 144).

Ya hace más de veinte años, Keyes se preocupaba por el anonimato del internet, de toda la información esparcida en forma indiscriminada por la red global, carente de “suficientes guardianes” para distinguir información de desinformación (2011, 97). La misma naturaleza de este espacio digital, por su intencionada descentralización y el propósito de hacer fluir los datos a gran velocidad, se hace propicia para la inexactitud y la confusión de tipos distintos de contenido: rumores, artículos de prensa, hechos sin verificación, publicidad engañosa y estafas evidentes. En este sentido, al inicio de su capítulo llamado “engaño.com” (*deception.com*), Keyes cita a otro autor: “[Internet] sustenta ese pilar de todos los pueblos, el chisme” (143). Hay otro aspecto interesante de internet que comenta Keyes y que se suma al efecto facilitador de la mentira. Se trata de las posibilidades de desinhibición que se abren en el ciberespacio. En parte por el anonimato y la virtualidad que ofrece como campo de experimentación de apariencias. Incluso, la aparición de identidades alternativas: “se fomenta el engaño en línea [...] simplemente porque es divertido” (147). Es un fenómeno que observa haciendo luego referencia a la socióloga Sherry Turkle, reconocida por sus reflexiones sobre la cultura que proponen las nuevas tecnologías de información, quien plantea la problemática también en términos

éticos: “el ciberespacio da forma a los valores posmodernos de la superficie sobre la profundidad, la simulación sobre la realidad y el juego sobre la seriedad” (147).

Otro autor reconocido por sus aportes para la comprensión de la posverdad, pero con un acento más político, es Lee McIntyre, filósofo norteamericano que en 2015 publicó la obra *Respecting Truth*, sobre “la ignorancia voluntaria en la era de internet”<sup>8</sup> (McIntyre 2015), y luego en 2018 otra con el título “Posverdad” (McIntyre 2018b). McIntyre la define allí como la “afirmación de que los sentimientos son más precisos que los hechos, con el propósito de subordinar políticamente la realidad”<sup>9</sup> (173), o, como también lo sintetiza en otro lugar, “la subordinación política de la realidad” (“La posverdad nos hace dejar de creer” 2021). La verdad queda allí en una especie de entredicho frente a los intereses políticos: “no es simplemente que la verdad esté siendo desafiada, sino que está siendo desafiada en cuanto que mecanismo para favorecer la dominación política” (McIntyre 2018b, 28). El desafío se vale principalmente del componente emotivo, promoviendo políticas “basándose en cómo nos hace sentir, más que en hasta qué punto funcionará correctamente en la realidad” (41). Las personas tienden hoy más que antes a decidir según un “razonamiento motivado”, es decir, con el deseo y con una mayor involucración del contexto emotivo por encima del intercambio de ideas (44).

Para McIntyre, la posverdad tiene qué ver principalmente con una característica del ejercicio de la política en el siglo XXI, que toma partido de un contexto particular en el comportamiento — también político— de las personas influenciadas por distintos tipos de sesgo cognitivo y con marcadas tendencias emocionales. En ambas obras citadas refiere a estudios neurocientíficos y de psicología social, así como a teorías de economía del comportamiento, para mostrar las formas en que la racionalidad se ve distorsionada: por sesgos de confirmación, las creencias motivadas, el auto engaño, o las tendencias partidistas, particularmente en asuntos de naturaleza política. No obstante,

---

<sup>8</sup> Traducción propia en esta cita y en delante de la obra *Respecting Truth* (McIntyre 2015).

<sup>9</sup> Esta definición corresponde al glosario de la edición original en inglés (McIntyre 2018a) con traducción propia. El glosario de la traducción al español incorpora una definición más breve: “subordinación de la verdad a intereses políticos”.

McIntyre no restringe el fenómeno de la posverdad a lo estrictamente político, pues su presencia y efectos tienden a moldear una aproximación a la verdad en ámbitos más amplios de la cultura.

En su desarrollo sobre lo que constituye propiamente la posverdad argumenta que actitudes personales hostiles frente a la verdad como el engaño, la indiferencia, la ignorancia voluntaria, el cinismo o el delirio, pueden “encajar bajo el paraguas de la posverdad” (2018b, 39). Sin embargo, es necesario atender lo efectivamente novedoso en la posverdad. Para él, “lo que parece nuevo en la era de la posverdad es un desafío no solo a la idea de *conocer* la realidad sino a la existencia de la realidad misma”. También lo expresa de esta manera: “la diferencia es que ahora el campo de batalla abarca toda la *realidad factual*”<sup>10</sup> (43).

Desafiar la verdad en general, no es una novedad histórica si se tiene en cuenta el modo en que diversas posturas escépticas o relativistas del ámbito filosófico han permeado el pensamiento del hombre sabio y del más común. La superación de la verdad de los hechos objetivos, sean de carácter histórico o científico, tampoco es una novedad para McIntyre al considerar situaciones que él define como precedentes de la posverdad. El origen más inmediato lo encuentra en el negacionismo científico que marcó debates como el del calentamiento global, el de la industria tabacalera frente a los efectos cancerígenos de los cigarrillos o la efectividad de las vacunas junto a los temores sobre sus posibles secuelas, entre otros. McIntyre ve en esta negación de evidencias científicas, muy difundida a fines del siglo XX, un impulso relevante a la posverdad actual y el origen de las tácticas más comunes dentro de este fenómeno. Su perspectiva en general considera la estrategia de manipulación de la verdad como rasgo principal de la posverdad, en la que se refleja una intencionalidad a través de métodos sistemáticos:

En la explosión del negacionismo científico, [...] vemos el nacimiento de tácticas usadas actualmente por la posverdad. Nuestros prejuicios cognitivos que nos son inherentes, las sutilísimas disquisiciones académicas sobre la verdad y la explotación de los medios de comunicación ya habían tenido una vida anterior en los ataques a la ciencia llevados a cabo por la derecha política (2018b, 43).

---

<sup>10</sup> El concepto se resalta en este trabajo en cursiva dado que más adelante se pretende una elaboración mayor sobre lo que significa, y dado que se considera fundamental para el análisis de la posverdad. McIntyre no realiza esa profundización apostando por la comprensión directa de las palabras que lo componen.

No sólo hay un carácter esencialmente político en el fenómeno de posverdad; se trata sobre todo de un conjunto de estrategias que son impulsadas particularmente desde un sector de la acción política. McIntyre comparte la visión de otros académicos de ver la posverdad como un rasgo de la “era Trump”, también recogida por medios periodísticos tradicionales, como se mencionó anteriormente. Para McIntyre, el panorama que se abría particularmente desde 2016 con la campaña política estadounidense, que terminó en el triunfo del candidato republicano, y la propaganda pro “Brexit”, impulsada por los más conservadores y nacionalistas, no tenía precedentes pues “nunca antes han sido estos desafíos [a la verdad] tan abiertamente abrazados como estrategia para la subordinación de la realidad a la política” (2018b, 28). Aunque no la restringe exclusivamente a un partido, sí hay una notoria inclinación en McIntyre a asignar las tácticas de la posverdad a la política y a políticos de derecha, influenciados directa o indirectamente por lo que llama —curiosamente para él mismo—, “los ataques del ala de la izquierda relativista y posmodernista sobre la idea de verdad, que se suceden desde hace décadas” (2018b, 36).

Los antecedentes del negacionismo a los datos científicos que plantea McIntyre tienen unas raíces muy anteriores. Las encuentra en un rechazo más general a la verdad objetiva que no tiene un origen político sino académico. Desde su formación filosófica, le resulta algo “embarazoso” que este rechazo provenga del interior de las universidades y de un tipo de ejercicio intelectual. Coincide McIntyre con Keyes en que el pensamiento posmodernista desarrolló un ataque contra la verdad objetiva que terminó en desvirtuar hasta la autoridad del conocimiento científico. Ubica dentro de esta tendencia, a pensadores como Foucault y Derrida, en su cuestionamiento de base a la posibilidad de la objetividad ante la interferencia ineludible de la subjetividad, los supuestos sociales, históricos o culturales, las relaciones de poder y de dominación o las visiones ideológicas. Se trata del enfoque posmoderno típico en el que “todo se cuestiona y muy poco se toma al pie de la letra [...]; no existe ninguna respuesta correcta, solo hay narrativa”. Remite en este punto muy brevemente a Nietzsche como uno de los precursores del posmodernismo desde su escepticismo radical y la idea de que todo es cuestión de perspectivas (2018b, 138). Esta postura escéptica, dice McIntyre, habría sido abrazada por sociólogos y otros expertos —puede pensarse también en la filosofía, las ciencias políticas, la

antropología, la psicología, entre otros—, generando un clima de cuestionamiento general sobre la capacidad de conocer la verdad en el ser humano o de establecer lo correcto o incorrecto sea en sus declaraciones o en sus comportamientos. En última instancia, para el autor de *Posverdad*, aunque puedan hacerse salvedades, los llamados posmodernistas “deben aceptar algún tipo de responsabilidad por haber socavado la idea de que los hechos importan a la hora de valorar la realidad, y también por no prever el daño que esto podría causar”, pues “el completo rechazo y la falta de respeto por la verdad y la objetividad ha llegado demasiado lejos” (138).

Finalmente, conviene resaltar el papel que McIntyre describe acerca de los medios de comunicación, particularmente los informales o “alternativos”, junto con el internet y las redes sociales en auge. El panorama en el momento de su publicación era muy diferente al que analizó Keyes, pero mucho de lo fundamental se continúa y complementa en la presentación de McIntyre. El autor afirma que el declive de los medios de comunicación tradicionales, impulsado en gran medida por la irrupción de internet, impulsó la diversificación de las fuentes de información con una relevancia creciente de las redes sociales. En este nuevo panorama mediático se propaga uno de los elementos más asociados a la posverdad, las noticias falsas, conocidas globalmente con la expresión *fake news*, como la forma más inmediata de generar desinformación. No se habla de una noticia que contiene error, sino de “una que es falsa deliberadamente” y que “es realmente otra manera de denominar a la ‘propaganda’” (2018b, 127). La velocidad con la que la información circula en estos entornos digitales, “sin filtros y sin investigación”, favorece la rápida propagación de noticias falsas o de opiniones confundidas con hechos, a menudo superando la difusión de información confirmada. Es un aspecto que McIntyre ilustra con una frase popular: “una mentira puede dar media vuelta al mundo antes de que la verdad se pueda poner los pantalones” (135).

La desinformación que termina siendo propaganda, principalmente política, no es el único problema del uso de *Twitter* o *Facebook* como canal informativo. Quizás el mayor efecto negativo, como herramientas de la posverdad, está en que éstas se constituyen como plataformas propicias para la formación de “burbujas informativas” o “*news silos*”, donde los usuarios tienden a seleccionar los contenidos en sintonía con sus creencias preexistentes, evitando aquello que les resulte disonante. Se

suma a esto el efecto de los algoritmos propios de esas plataformas que priorizan la visualización de noticias que consideran de mayor agrado para el usuario. El consumo y la exposición del contenido refuerza de esta forma los sesgos de confirmación a los que ya las personas tienden por naturaleza. A los silos de información, se añade lo que McIntyre describe como “cámaras de eco ideológicas”. En una era de información, se termina contando con menos capacidades para distinguir la veracidad de la falsedad y “más aislados de las opiniones contrarias que cuando nuestros antecesores estaban forzados a vivir y trabajar entre otros miembros de la tribu, pueblo, o comunidad, con quienes tenían que interactuar para conseguir información” (2018b, 81).

Tanto Keyes como McIntyre presentan en sus trabajos algunos elementos necesarios para responder a la posverdad, aunque desde las diferentes perspectivas que cada uno asume. En su matiz de corte ético y pragmático, el primer autor se centra en la necesidad de revalorar la honestidad en la sociedad, generando motivaciones a que se respete la veracidad y se castigue la falsedad. Más que una consideración de corte moral implica que se reconozca la utilidad de favorecer la honestidad, sobre todo porque es un bien para el funcionamiento social. La verdad debe ser defendida “tanto por razones pragmáticas como éticas” (Keyes 2011, 175), en un ambiente en el que tanto los valores éticos como la noción de la objetividad se encuentran en un estado muy precario. Aunque no descarta la importancia de la virtud como fin, su inquietud se enfoca en “cómo” asegurar la credibilidad o cómo “vivir juntos con un mínimo de confianza”, dejando a un costado la cuestión ética sobre si mentira es un mal, o la pregunta filosófica tradicional sobre qué es la verdad. Hay prácticas fomentadas por leyes que contribuirían a tal fin, como las que ya se aplican y son el camino adecuado según Keyes a continuar desarrollando: por ejemplo, el requisito de “*full disclosure*” (divulgación completa) en transacciones comerciales<sup>11</sup>, el consentimiento informado en la práctica médica, el descubrimiento de pruebas cruciales en procedimientos legales, o la rendición de cuentas en las

---

<sup>11</sup> Si bien existe un principio general de buena fe en las transacciones comerciales, cada vez son más frecuentes las leyes específicas de “divulgación completa” (Blaney 2024), particularmente en Estados Unidos. En países de habla hispana se hace referencia al deber de informar y otras políticas como la revelación de información material o los protocolos de pleno cumplimiento.

organizaciones de todo tipo. Adicionalmente, Keyes subraya el papel fundamental de las organizaciones de vigilancia sobre la información pública y los sitios web de verificación de hechos.

McIntyre hace un énfasis en la necesidad de una respuesta fundamentalmente epistemológica a la posverdad. Plantea como punto de partida la recuperación del valor intrínseco de la verdad y el respeto que se merece, argumentando que es esencial para la toma de decisiones racionales. Porque la consideración del conocimiento como “construcción social de la realidad, sin base en cualquier tipo de hechos reales o evidencia” (McIntyre 2015, 103), es precisamente una raíz significativa de la posverdad. Su apuesta no está en solo tomar medidas prácticas para convivir en una situación “post-fáctica” con mayor vigilancia y un castigo social a la mentira; “la cuestión para [él] no está en aprender a adaptarnos a vivir en un mundo en el que los hechos no importen, sino en luchar a favor de la verdad y aprender cómo contratar” (163). Desde esa base se requiere luego tomar conciencia de los distintos mecanismos y tendencias de sesgo en el pensamiento que llevan a la aceptación de falsedades. Porque, “aunque puedan ser inconscientes, son predecibles (para aquellos que saben lo que buscan)” (29). Reconocer en primer lugar estos sesgos permite que las personas sean más conscientes de su propia vulnerabilidad a ser engañadas o a decidir sin considerar la realidad que manifiestan los hechos. No obstante, no todo sucede por algún grado de inconsciencia y resulta por ello necesario reconocer otra realidad que opera de manera habitual, algo que es menos instintivo y es más propio la posverdad: la ignorancia deliberada, la “elección activa de no creer cosas” o no buscar la verdad, incluso cuando se sabe que una información es la más probablemente cierta o está a la mano esclarecerla (McIntyre 2015, 2). Esta es una responsabilidad primordialmente personal. La lección a aprender, dice McIntyre, es que “una de las formas más importantes de combatir la posverdad es combatirla dentro de nosotros mismos” (2018b, 171).

La aproximación más ética y quizás más pragmática de Keyes al problema, y la más epistemológica por parte de McIntyre, pueden complementarse para comprender el núcleo de la posverdad en sus raíces, sus manifestaciones negativas y en posibles formas de contrarrestarla. El acento del primero en una nueva escala de valores en la cultura contemporánea, que tiende a normalizar la deshonestidad y a restar valor a la veracidad, se puede integrar con el análisis de

McIntyre sobre los sesgos cognitivos que llevan a abrazar con mayor facilidad la falsedad o a desconectar una actitud crítica en cuanto se perciba una conveniencia o preferencia particular. Ambos puntos de vista permiten ver cómo la posverdad involucra simultáneamente elementos éticos, psicológicos, de comportamiento individual y social, en un contexto tecnológico y mediático particular del siglo actual, marcado por la rapidez y el mayor alcance de la información, junto con la diversificación de fuentes, lo que facilita la diseminación del engaño o la desinformación y en forma simultánea, la selectividad motivada en la información que recogen las audiencias.

La posverdad se denuncia porque aún se reconocen la mentira, el engaño o la manipulación —junto con la credulidad—, como un mal en sí mismo o por sus efectos en la vida común. Sin embargo, se hace evidente su permanencia y su fuerza para seguir propagándose. Quizás hay algún grado de mayor estupidez que se opone al sentido común, que siempre busca lo verdadero y seguro como sustento y rechaza la falsedad; o, el arte político desde el ansia de control tendrá siempre un poder mayor y ya no hay instancias con el peso suficiente para vigilar y desenmascarar; es posible también que la verdad sea más vulnerable y susceptible de lo que se suele creer, lo que lleva por lo menos, a dos alternativas: la aceptación del estado actual de las cosas, o la necesidad de un mayor cuidado o “respeto” de la verdad, como lo sugiere McIntyre. Es importante explorar mejor la fragilidad de la verdad y la naturaleza de ese respeto, que debe acentuarse en la mente y en la vida práctica también.

## **1.2. Connotación actual de la polarización**

Al igual que el término *posverdad*, la palabra *polarización* tiene una mención frecuente en el ámbito político, y ha sido también reconocida como un concepto de impacto cultural relevante. En 2023 la Fundación del Español Urgente (FundéuRAE), promovida por la Real Academia de la Lengua Española, eligió *polarización* como “palabra del año”, en una selección similar a la que realiza anualmente la casa editora de Oxford, por su presencia en medios de comunicación y como

rasgo cultural actual. El significado, que explica las razones por las que la palabra fue elegida, expresa “una voz [...] para aludir a situaciones en las que hay dos opiniones o actividades muy definidas y distanciadas [...], en ocasiones con las ideas implícitas de crispación y confrontación” (“«Polarización», palabra del año 2023 para la FundéuRAE” 2023). Se habla hoy de “sociedad polarizada” para referirse a un estado de la opinión pública en países diversos, pero la idea se aplica también por fuera de la cuestión política, en un uso más generalizado para describir “cualquier escenario en el que sea habitual el desacuerdo”, y en el que el resultado sea un ambiente o situación de división en bloques enfrentados.

En la definición anterior, con su referencia a la “crispación y confrontación”, se hace manifiesta la relevancia de las cargas emocionales en la polarización contemporánea; un elemento central también para la comprensión del fenómeno de la posverdad. No se trata sólo de las posturas ideológicas opuestas, o de unas convicciones repartidas en polos opuestos, alejados del centro o de la moderación dentro de un espectro político; los afectos de disgusto o antipatía hacia las ideas (o las personas) de la parte opuesta terminan siendo factores más relevantes que la discusión propiamente ideológica en el diagnóstico de la polarización como se presenta hoy.

Estudios experimentales en Estados Unidos sobre el fenómeno en su expresión más reciente, llevan a afirmar la influencia de lo que denominan “polarización afectiva”. Se ha encontrado que “un indicador alternativo, y [...] más diagnóstico de la polarización masiva, es el grado en que los partidistas se ven unos a otros como un grupo externo que no les gusta. [...] La prueba más apropiada de polarización es la identidad afectiva, no la ideológica”<sup>12</sup> (Iyengar, Sood, y Lelkes 2012, 4). Estados Unidos suele ser una especie de modelo de este tipo de polarización y hay numerosos análisis sobre una sociedad norteamericana en dinámica creciente de división en extremos, con un componente pasional en el centro de los debates, tanto en las contiendas políticas como en puntos de vista al interior de las universidades y la vida social en general. No sólo se habla de una sociedad polarizada, en referencia a una situación o una “propiedad estática”; también se ha estudiado la

---

<sup>12</sup> Traducción propia.

polarización como un proceso, en el sentido de una sociedad “polarizándose”, es decir, en una separación cada vez mayor (Bramson et al. 2017, 119). Es el caso de Estados Unidos, pero también característica social en otros países en Europa y América Latina. Jonathan Haidt, psicólogo social, experto en ética y psicología de la moral, y quien ha estudiado los elementos psicológicos de la política y la sociedad en Estados Unidos, afirma sobre este proceso de polarización dinámico:

Hay algo realmente mal y está empeorando porque nos estamos polarizando emocionalmente, nos odiamos más unos a otros [...]: cada vez más, los estadounidenses votan en contra de algo. El papel de la ira y el odio se está volviendo mucho más fuerte en nuestra democracia y todos estos son signos preocupantes<sup>13</sup> (*Is Reason Enough? Why Your Opponents Won't Listen*. 2015, 25:10).

El caso de Estados Unidos también suele ser el más citado en buena parte debido a la característica bipartidista en la política norteamericana. La separación ideológica entre los partidos Demócrata y Republicano (izquierda y derecha) se traduce también en una polarización de los electores, en sus preferencias políticas y también en la vida social, donde se reproducen estos conflictos. Esta confrontación entre dos bloques también suele presentarse hoy en otros sistemas partidistas donde, a pesar de la pluralidad de opciones, hay una tendencia a las alianzas en los extremos, resultando prácticamente en una división en dos polos opuestos.

Otro ejemplo que se toma como modelo de polarización afectiva, es el “*Brexit*”, la campaña y el referéndum de 2016 sobre la salida del Reino Unido de la Unión Europea (Tilley y Hobolt 2023). Es un caso más de una identificación con posturas que se afirman en las personas y los grupos, más por las emociones que por los juicios de los temas en juego. El caso *Brexit* compartía con la polarización norteamericana no sólo la animosidad entre miembros de partidos políticos con posturas opuestas, sino también un ambiente de división emotiva en la opinión pública en general, más allá de la participación activa en agrupaciones políticas.

La polarización no solo aplica a los sistemas de representación por partidos: es característica de la opinión pública cuando se presentan inquietudes sobre asuntos sensibles y que implican solo dos alternativas de respuesta en términos de “sí” y “no”. Se puede pensar en referendos como el

---

<sup>13</sup> Traducción propia.

mencionado Brexit, la cuestión catalana en España, o en otros que no llegan a establecer algún ejercicio de consulta formal. Es el caso de los debates en torno al aborto y su penalización, la eutanasia, la paridad o el enfoque de género (entre hombres y mujeres o en una diversidad incluso mayor), la pena de muerte o el tratamiento de inmigrantes, entre otros. En todo caso, es habitual que las agrupaciones políticas tomen estos temas como causa emblemática, buscando introducirlos en un debate más público, habitualmente más conflictivo, al poner en juego las normas de la sociedad.

América Latina también ha sido caso de estudio para la polarización. Se ha identificado un nivel de división creciente en los últimos años, aunque con rasgos particulares, diferentes a lo que se evidencia en las regiones más desarrolladas (McCoy 2022). Por una parte, con una historia más larga de gobiernos de tendencia populista, que “es fundamentalmente divisiva y polarizadora” (2), y por otra, con manifestaciones populares fundamentalmente de descontento socioeconómico, con menor peso de factores culturales o identitarios como suele ocurrir en Norteamérica y Europa (12). Los movimientos de protesta de los últimos cinco años, particularmente violentos en varios países de la región, han llamado la atención por su envergadura y por el nivel de conflictividad. Sucedió en Chile en octubre de 2019 y de manera casi simultánea en Ecuador; en Colombia, en noviembre de 2019 y posteriormente con mayor violencia y duración en abril de 2021 —el más importante de su historia—; en Perú, en noviembre de 2020. Se trata para algunos, de una “nueva ola de protestas” (Coronel y Donoso 2024; Murillo 2021). Aunque los detonantes fueron diferentes, estas manifestaciones fueron una muestra de una división generalizada reciente en Latinoamérica, donde se evidenció una alta incorporación de la población al activismo en forma de revuelta urbana o “estallido social”, como ha sido habitual denominar a las protestas más recientes.

La división polar con cargas emotivas en su raíz y en su dinámica, tiene hoy un impulso particular según algunos autores (Fukuyama 2018, Naím 2022) a través de una relativamente nueva configuración de la política y la opinión pública: se le aplica el concepto de “política identitaria” (*identity politics*) dado que los objetivos se centran en intereses con los que se identifican grupos determinados. Estos intereses varían ampliamente, pero suelen tener un denominador común: la búsqueda de reconocimiento por parte de algún grupo minoritario, o que de alguna forma reclama

estar marginalizado dentro de la sociedad. Francis Fukuyama resalta este cambio político, sobre todo en el siglo XXI, como un giro tanto en las tendencias de izquierda como de derecha. En las primeras, la búsqueda de igualdad económica ha dado paso a promover intereses de grupos con una identidad étnica o que comparten lo que se ha denominado identidad de género, entre otros. La otra tendencia, que antes solía centrarse en apoyar la empresa privada y la contracción estatal, ahora da una mayor importancia a la identidad nacional y la protección de otros valores tradicionales (Fukuyama 2018a, 91). La realidad es que este concepto de identidad no es propio de un extremo u otro, sino “un lente por el cual se aprecia la mayoría de las cuestiones sociales a lo largo del espectro ideológico”<sup>14</sup> (104).

Este giro político no es sólo una cuestión partidista, es un cambio en la raíz de la adhesión política de los votantes, y la opinión pública en general, que ha generado una involucración más profunda, también más apasionada de una porción mayor de la sociedad. Al fin y al cabo, para muchos se pone en juego lo que se percibe como la propia identidad y dignidad. Al respecto, Fukuyama observa cómo en todo el mundo, “los líderes políticos han movilizado seguidores alrededor de la idea de que su dignidad ha sido afrentada y debe ser restaurada” (2018a, 92). Para el mismo autor, si bien esta forma de la política no es algo nuevo, en los últimos años se ha desarrollado “una versión muy tóxica de la política identitaria” (*Francis Fukuyama: Identity* 2019, 1:22), a un nivel que termina siendo un riesgo para la democracia, fomentada por políticos populistas en Estados Unidos y como un fenómeno más amplio alrededor del mundo. Se trata de un nuevo populismo en el que los líderes, elegidos legítimamente, se convierten en el representante del pueblo; pero, con esto no suelen referirse a todo el pueblo, sino a una parte que se identifica con algún rasgo particular (6:14), sea étnico, nacional, cultural, o económico, entre otros.

Siguiendo a Fukuyama, esta situación de ascenso del populismo, que toma provecho de una búsqueda de reivindicación de identidades por parte de grupos particulares, no es solo política. La cuestión de la identidad parece cultural. Es decir, que el auge de este populismo se apoya en un contexto cultural. Al fin y al cabo, se recurre a una realidad que tiene un carácter moral, que involucra

---

<sup>14</sup> Traducción propia aquí y en adelante, de todas las citas de Fukuyama.

tanto la apreciación que cada persona tiene sobre sí misma como la dignidad de su ser más íntimo. Para Fukuyama, gran parte de la problemática que se presenta hoy en los asuntos globales radica en este recurso político al concepto de identidad, fundado en características personales compartidas, pero en una segmentación “sin fin”, cada vez más estrecha (2018a, 93). El resultado es una política y una sociedad en división, una polarización en aumento, ya que invita siempre a la radicalización y a la dificultad de encontrar puntos en común. “Las cuestiones sobre la identidad [...] son más difíciles de reconciliar: o me reconoces, o no lo haces” (112). El diálogo en la esfera pública se ve perjudicado en este enfoque, pues “prioriza el mundo emocional del yo interior sobre el examen racional de los problemas del mundo exterior” (101).

Moisés Naím también aborda el populismo como nueva estrategia política de poder, después de que sus formas tradicionales entrasen en decadencia. El pensador venezolano integra el populismo a la posverdad y polarización en un solo marco estratégico compuesto por estos tres elementos que denomina “las 3P”. Estos constituyen “la esencia de cómo los autócratas del siglo XXI obtienen, ejercen y conservan el poder” (Naím 2022, 12). Naím comparte buena parte de las observaciones de Fukuyama sobre un nuevo estilo de liderazgo político, pero que denomina además de populista, autocrático. En su enfoque, la polarización adquiere la forma de una acción, como estrategia deliberada de “agudizar las contradicciones”, es decir, de polarizar las opiniones, muchas veces utilizando la desinformación directa o alguna forma de “enturbiar” los hechos para generar duda y temor entre las partes. Una estrategia polarizadora que enfrenta “no sólo a los adversarios políticos entre sí, sino a familiares, amigos, colegas y vecinos. Estas divisiones pueden tener muchas fuentes: ideología, raza, religión, rivalidades regionales, agravios históricos, desigualdad económica, injusticia social, idioma y muchas más” (15).

### 1.3. Simultaneidad de la posverdad y la polarización

La dinámica que imprimen la posverdad y la polarización al mundo de hoy resulta compleja porque suelen manifestarse en simultáneo —como lo muestra Naím y también McIntyre, quien incluye la promoción de la polarización dentro del “manual” de la posverdad (McIntyre 2023)—, y exhiben además un efecto de exacerbación mutua: es decir, se promueven y alimentan entre sí. Con la proliferación de información y de medios de difusión informales, especialmente las redes sociales, como lo explica McIntyre,

[es] cada vez más difícil decir qué información concreta tiene buenas fuentes y está basada en los hechos y cuál no. [...] Algunos simplemente prefieren leer (y creer) noticias que se ajustan de antemano a su punto de vista. El resultado [son] los ‘silos de noticias’ que alimentan la polarización” (McIntyre 2018b, 111).

Estos silos informativos promueven a su vez lo que se ha denominado “cámaras de eco” y “silos ideológicos” (Duncan 2017). Se trata de términos utilizados dentro del análisis sobre el consumo de información en internet y los nuevos medios sociales de comunicación. Con el acceso cada vez mayor a noticias y contenidos de opinión a través de las redes sociales, que por definición generan grupos de intereses similares, las personas reciben principalmente la información que se ajusta a sus intereses y que confirman sus creencias, sin la exposición a perspectivas diferentes o a la posibilidad de verificación con otras fuentes. El aislamiento que esto genera es problemático y fomenta la división política y social. Pero, además, cuando se suman noticias falsas, contenidos mediáticos con verdades parciales o datos sin sustento, el resultado es la ruptura en los puntos de encuentro, una auténtica polarización en la visión sobre la realidad que trasciende las disparidades de opinión más habituales.

Michiko Kakutani describe una relación análoga cuando se refiere a la información personalizada —y también a las invenciones de la retórica política actual—, que se recoge en “silos sin ventanas” de grupos de mentalidad similar, ocasionando que la polarización llegue al extremo de

dividir algo más que la opinión política: “los votantes [...] de los Estados Unidos encuentran difícil ponerse de acuerdo incluso cuando hablan de los mismos hechos” (Kakutani 2019, 14).

La polarización se intensifica en un contexto político y social de posverdad, pero también es causa de que se desprecie la verdad de los hechos cuando hay un distanciamiento en el diálogo racional, una división cargada de odios, en la que se afirman más las pertenencias emocionales e ideológicas indiferentes al contexto factual y a lograr consensos asentados en la realidad. Las cámaras de eco, en la que cualquier retroalimentación es una repetición del mismo contenido, consolidan aún más las convicciones subjetivas y la desinformación propias de la posverdad. Esto se manifiesta en el entorno de las redes sociales virtuales, que “tienden a la concentración de personas con ideas afines” y a generar un efecto de “fragmentación de la audiencia”<sup>15</sup> (Gandour 2016). Se ahonda la posverdad cuando los grupos se aíslan psicológicamente en sus muros (Kakutani 2019, 100) desde donde fácilmente pueden desacreditar y generar rechazo sobre la información y las opiniones de quienes se encuentran por fuera, sean individuos, otros grupos o instituciones. Esta dinámica se encuentra relacionada, al menos en parte, con las actitudes propias de lo que hoy se etiqueta como “cultura de la cancelación”, que es vista por algunos sectores como herramienta de presión política y social, mientras que otros la entienden como una forma de censura —en cualquier caso, hay una percepción de transgresión que motiva a respuestas agresivas y a un mayor atrincheramiento con la consecuente mayor separación de las realidades comunes—.

Tanto en la vida social como política, se produce lo que académicos como Amy Chua y Fukuyama denominan un nuevo “tribalismo” (*tribalism*) (Fukuyama 2018a; Chua 2018a), el cual constituye una nota importante de la polarización política actual. Se entiende por este fenómeno la conformación de grupos definidos por un instinto de identidad (Chua 2018a, 10) y un fuerte sentido moral de supervivencia (73). No sólo se generan tribus marcadas por alguna autocomprensión de minoría —étnica, religiosa, sexual, etc.— que busca mayor reconocimiento; este tipo de agrupamiento se registra en facciones amplias y tradicionales también: conservadores y liberales o

---

<sup>15</sup> Traducción propia

progresistas, republicanos y demócratas, nacionalistas e independentistas, entre muchos otros. El tribalismo político, como lo explica Chua, surge cuando las personas sienten una amenaza, se aíslan y adoptan actitudes defensivas. En el interior de la tribu se percibe la realidad desde su perspectiva particular, con una fidelidad más apasionada que intensifica la ignorancia de los hechos alrededor (Chua 2018b). Kakutani se refiere a la misma situación, en la que “no se trata ya de una simple polarización política, sino de la fractura de un país en ‘dos tribus uniformes’ [...] que luchan no sólo porque su propia facción avance, sino por provocar, condenar y aplastar al otro” (Kakutani 2019, 99). Esta polarización tribal también suele impulsar elementos de posverdad cuando incentiva la desinformación o el apasionamiento en la comunicación para acaparar espacios en medios virtuales —con cuentas falsas, *bots* y *trolls*— y así lograr mayor reconocimiento y reafirmación de la propia identidad (Zafrilla 2022).

Tanto en la posverdad como en la polarización, de manera directa o indirecta, se presenta una desvalorización o una superación de la verdad, concretamente, la que contienen los hechos y que sustenta toda aproximación a la realidad. Esto es lo que se enuncia de manera habitual con respecto a la posverdad, pero es propio también del debate polarizado: en una división de interpretaciones o de convicciones, aquello que debiera proporcionar algún punto de encuentro, es la realidad. Sin embargo, la polarización cierra la posibilidad de ver la realidad común y la verdad termina desacreditada. Las redes sociales, con la así llamada “democratización de la información”, tiene un indudable aporte a la democracia política al permitir una mayor información para el conocimiento de las circunstancias a debatir y elegir. Sin embargo, mayor no siempre es mejor. La calidad de la información, es decir, su veracidad, no tiene siempre las garantías adecuadas y el conocimiento no es suficiente si no se cuenta con la adecuada capacidad crítica o reflexiva. Los problemas que introducen la posverdad y la polarización no son solo del estatuto epistemológico de la realidad, sino que, además, se trata de un asunto de comprensión. Es decir, que atañe a la capacidad humana para reflexionar sobre ella, atañe al pensamiento.

Moya, catedrático español, hablando de la nueva democracia e independización que trae la época de “cibercultura” actual, dice lo siguiente:

La facilidad y rapidez de acceso en los *digital media* es asociada por sus detractores con la idea de pos-verdad, pero la sociología de la ciencia ha dado muchos argumentos a favor de la idea de una construcción social de los hechos. [...] De lo que se trata hoy es de enriquecer colectivamente la *storyworld*. El ciudadano común ya no quiere ser un simple receptor de mensajes, sino un auténtico *storyteller*. La *lucha de clases* ha cedido paso en la Sociedad de la Información a la *lucha de frases*. A la pugna de los relatos (Moya 2019, 613).

Esta visión, que no parece exclusiva del autor, plantea una oposición diametral a quien reconozca en la posverdad y la polarización la manifestación de una crisis profunda — problemática— en el pensamiento contemporáneo. Es una síntesis heredada de la aproximación posmodernista a la verdad y la realidad. Podría constituir incluso una especie de apología tanto de la posverdad como la polarización, algo que no es difícil de concebir si uno se abre a la posibilidad de que ambos fenómenos terminen siendo una estrategia calculada de parte de actores políticos y de otras esferas como la academia, los medios de comunicación o la economía, para alcanzar fines de poder. La reflexión resulta interesante como descripción —quizás involuntaria— del actual estado de las cosas, donde la primacía de la narrativa con sus componentes afectivos, ideológicos o identitarios, se convierte en puerta de entrada y el medio propicio para que se socave la verdad y se encienda la conflictividad polarizada.

Todo lo anterior permite reconocer un fenómeno común en la posverdad y la polarización. Se trata de la separación frente a la verdad de los hechos que se convierte en ruptura con la realidad —la de otras personas y la que enmarca en general la propia vida—. En este sentido, la expresión ya referida de McIntyre en cuanto al “desafío no solo a la idea de *conocer* la realidad sino a la existencia de la realidad misma”, puede aplicarse igual a la posverdad que a la polarización presente.

#### **1.4. Relevancia del pensamiento de Hannah Arendt**

Hanna Arendt es reconocida por sus planteamientos sobre política y la cuestión de la verdad dentro de la filosofía y el pensamiento contemporáneo. Su teoría política a partir de la experiencia con los regímenes totalitarios en la Europa del siglo XX, contiene un importante desarrollo sobre la

falsedad en la propaganda política y las doctrinas de la época, fundada precisamente en la transformación de los hechos en mera opinión o incluso en “falsedad deliberada”. El hecho de que Arendt denunciara la “hostilidad” frente a la verdad factual para fines políticos y culturales— particularmente en su famoso escrito *Verdad y política*, publicado primero en alemán en 1964 y luego en inglés, en una edición de 1967 de la revista estadounidense *The New Yorker*—, habla de que no se está ante un fenómeno de novedad absoluta. En la revisión de sus desarrollos sobre el pensamiento político en su tiempo y a lo largo de la historia, más concretamente, el rol de la verdad y la mentira en el ejercicio de la política, se pueden distinguir elementos precedentes de la posverdad actual y que abren la posibilidad de un análisis tanto de su naturaleza como sus raíces más remotas—incluso trascendiendo los antecedentes que proponen McIntyre y otros en el posmodernismo—. Las reflexiones de Arendt, que abarcan transformaciones en la noción de verdad desde la antigüedad, pasando por la modernidad y hasta los tiempos contemporáneos, permitirán volver a las preguntas que, de una forma u otra, varios realizan sobre la posverdad de hoy: ¿Qué tiene de particular el siglo actual que da un nuevo carácter a la habitual falsedad política? ¿Por qué la mentira deliberada pareciera ser más fácil hoy de aceptar e incluso se convive con ella con alguna normalidad? ¿Es el distanciamiento con los hechos un fenómeno propio de la virtualidad tecnológica, o un estadio más avanzado de una realidad anterior?

Conceptos y categorías profundizados por Arendt en su propio tiempo pueden iluminar la reflexión y la categorización del presente. No sólo por sus contenidos; también al reconocer el ejercicio habitual que ella practica de ahondar en el significado de las palabras que expresan los conceptos. Arendt buscó alejarse de lo que ella misma criticaba de otros pensadores, anteriores y contemporáneos a su tiempo, en el sentido de una “creciente incapacidad de hacer distinciones”:

Las palabras, dijo, se utilizaban indiscriminadamente para todo tipo de fenómenos políticos, con el resultado de que ninguno de ellos retenía algún significado preciso. Por el contrario, gran parte de su propio trabajo consistió en el establecimiento de distinciones entre categorías. [...] Sus conjuntos de conceptos mutuamente distinguidos se encuentran entre sus logros más fructíferos<sup>16</sup> (Canovan 1985, 617).

---

<sup>16</sup> Traducción propia

Sobre esto mismo, Fina Birulés en su introducción a *¿Qué es la política?*, reconocía la rigurosidad en el uso de los términos en Arendt como un hábito que trasciende “la cuestión de gramática lógica” para buscar el contenido histórico que se esconde. Para “descongelar [...], reencontrar, recuperar y destilar un sentido que se ha evaporado” (Arendt 1997, 12). Esta capacidad de distinción de Arendt sobre conceptos como “verdad”, lo “político”, la “autoridad”, la “acción humana”, la relación entre “pensamiento”, “realidad” y los “hechos”, entre muchos otros, resulta esencial para las aspiraciones de esta investigación. Se pretende recoger la perspectiva y los contenidos que ella ofrece al tiempo presente, acogiendo la motivación general de Bernstein:

Arendt ofrece tal iluminación y nos ayuda a alcanzar una perspectiva crítica sobre los problemas y perplejidades filosóficas actuales. Ella es una astuta crítica de las tendencias peligrosas de la vida contemporánea y ofrece pistas para reinstaurar la dignidad de la política. Por ello, vale la pena leerla y releerla hoy (Bernstein 2019, 10).

Entre los muchos temas en los que Arendt puede ser una referente, lo que aquí más interesa es su aproximación a la cuestión de la verdad; de manera particular, la verdad factual, la consideración de *los hechos* como representación de la realidad. Esto constituye un elemento nuclear de sus reflexiones sobre teoría política, por lo que Laure Adler en su biografía llega a llamar a Arendt “esta pensadora del acontecimiento” (Adler 2019, 661), al “teorizar sobre lo que ocurre: pensar el acontecimiento, extraer sus consecuencias [como] orientación primordial de su filosofía” (245) y el centro de la problemática que plantean simultáneamente la posverdad y la polarización de hoy. El estudio de ambos fenómenos requiere ir más allá de las manifestaciones actuales descritas más arriba. Es preciso buscar posibles antecedentes en la historia del pensamiento para encontrar lo que puede estar ocurriendo hoy de manera subyacente. En este sentido, la pensadora alemana aparece como una figura de particular relevancia a partir de sus planteamientos sobre la política y también, tanto la mente como el comportamiento humano contemporáneo.

## 2. Un marco conceptual desde los planteamientos de Arendt

La principal referencia de las ideas de Arendt para el objetivo de este trabajo se encuentra en una colección de ensayos de Hannah Arendt bajo el título *Entre el pasado y el futuro, ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Ésta se publicó en inglés por primera vez en 1961 y luego en una versión expandida en 1967. Contiene su trabajo antes mencionado *Verdad y política* donde aborda directamente aspectos claves para relacionar sus ideas con los fenómenos en cuestión. El título de la colección introduce desde el inicio la propuesta del libro: la manifestación de un cambio radical en la historia del pensamiento y la consideración de la verdad, lo que Arendt vincula con el desarrollo de la modernidad. Un nuevo estado en los contenidos y en la aproximación filosófica que trae consecuencias para otros ámbitos como la política, la historia y la educación. Se trata, más que de un cambio, de una ruptura radical con la tradición occidental y las ideas que desde la antigüedad habían otorgado seguridad y sentido a la condición humana. Al romperse el “hilo conductor con el pasado” y una base común que permitía “la dimensión de la profundidad de la existencia humana” (Arendt 2016, 104), se puso en juego la comprensión esencial del hombre acerca de su propia identidad; se perdía la capacidad “siquiera de plantear preguntas adecuadas y significativas, por no hablar de dar respuesta a sus propias perplejidades” (14) cuando el hombre moderno “advirtió que no había una *mente* para heredar y cuestionar, para reflexionar sobre ella y recordar” (12). Con ello, el obrar humano adquirió una nueva relevancia, separándose de la actividad del pensar, resultando en una pérdida en ambos de significación, o de valor, y de capacidad para otorgar una orientación vital. Lo que empezaría con la modernidad se consumaría más adelante de manera dramática con los profundos cambios políticos del siglo XX, marcados por las grandes guerras y los regímenes totalitarios que les siguieron. Arendt señala como resultado una vuelta del hombre hacia sí mismo, a su propia subjetividad y a un ideal de utilidad, carentes de sentido. En síntesis, a una “creciente alienación del mundo” (100), en términos de ruptura entre el hombre y la realidad que le rodea.

El hecho de que “pensamiento y realidad se hayan divorciado”<sup>17</sup>, que “la realidad se haya vuelto opaca para la luz del pensamiento” (2016, 12), como lo expresa Arendt, no significaba sólo la descripción de un distanciamiento subjetivo de los individuos respecto al mundo circundante. Se refiere, además, a la erosión o disolución de una dimensión esencial de la realidad: aquella que es compartida entre los hombres y que Arendt suele denominar “mundo común”, “espacio público”, o también, político: “un espacio [...] común en el que se pudiera tratar [otros hombres], en otras palabras, un mundo organizado políticamente en el que cada hombre libre pudiera insertarse de palabra y obra” (160). La situación de radical alienación, iniciada en la modernidad y concretada definitivamente en los regímenes totalitarios, constituía una gran “tragedia” para la mente del hombre y su inserción en el mundo, tanto en lo privado como en su vida pública:

[Esta pérdida] dejó tras de sí una sociedad de hombres que, sin un mundo común que a la vez los relacionara y separase, viven en una separación desesperadamente solitaria o se ven comprimidos en una masa, porque una sociedad de masas no es sino esa clase de vida organizada que se establece, de modo automático, entre los seres humanos que aún están relacionados entre sí pero han perdido el mundo que había sido común a todos ellos. (2016, 100)

Ante ese panorama, que se extiende hasta el mundo contemporáneo porque la ruptura fue definitiva, Arendt destaca la necesidad de *comprender* la realidad: aceptarla como es percibida, acoger el vínculo necesario entre el pensamiento y el acontecimiento —el conjunto de hechos que conforma la realidad—, para una adecuada interpretación tanto del mundo presente como del pasado histórico. Se trata de comprender no sólo los sucesos en sí mismos, sino lo que estos significan como ancla para la mente, o el espíritu humano: porque “el pensamiento, ya falto de esa relación con el incidente que siempre conserva el círculo con su centro, puede convertirse en algo sin significado alguno o repetir las viejas verdades, despojadas de toda relevancia concreta” (2016, 12). Se percibe así el lugar central que tiene la cuestión de la verdad en sus reflexiones filosóficas y políticas.

---

<sup>17</sup> La idea no se encuentra en la citada traducción al español sino en la edición norteamericana. La frase “*That thought and reality have parted company*”, parece haber sido mal entendida allí como “pensamiento y realidad son elementos concomitantes”(Arendt 2016, 12). No sería una idea ajena a la perspectiva de Arendt, pero no es lo que allí quería expresar.

Particularmente, la verdad de lo que sucede en la realidad, la verdad factual, y el sentido que este le da a la actividad humana de mayor significación: el pensar.

La relevancia de *Entre el pasado y el futuro* para el fin de este trabajo se puede recoger de las palabras de la misma autora en el prefacio, anotando la intención de la publicación:

El único objetivo [de estos ensayos] es adquirir experiencia en cuanto a *cómo* pensar; no contienen prescripciones sobre qué hay que pensar ni qué verdades se deben sustentar. [...] De un modo más específico, se trata de ejercicios de pensamiento político, tal como surge de la realidad de los incidentes políticos (aunque esos incidentes se mencionan sólo de manera ocasional), y mi tesis es que el propio pensamiento surge de los incidentes de la experiencia viva y debe seguir unido a ellos a modo de letrero indicador exclusivo que determina el rumbo (2016, 20).

La cita contiene el núcleo conceptual de lo que se pretende en los capítulos siguientes: explorar lo que plantea en términos de *ruptura* entre el pensamiento y el acontecimiento y la “unión” o *reconciliación* necesaria como claves para comprender el origen, la dinámica y las consecuencias de la posverdad y la polarización. En otras palabras, de vislumbrar una posible vía de superación. En el mismo prefacio Arendt parafrasea a Hegel para referirse a la centralidad de la “comprensión” (*understanding*) de la realidad como núcleo de esta reconciliación:

La tarea de la mente es la de entender lo que ocurrió y esta comprensión, de acuerdo con Hegel, es la forma en que el hombre se reconcilia con la realidad; su verdadero fin es estar en paz con el mundo. El problema consiste en que, si la mente es incapaz de dar paz e inducir a la reconciliación, de inmediato se ve envuelta en los conflictos que le son propios (Arendt 2016, 13).

Se puede reconocer el vínculo que plantea entre la comprensión, el acontecimiento —o los hechos— la realidad, y el sentido que encuentra la vida del hombre cuando la mente que comprende y la realidad que sucede se reconcilian, superan el distanciamiento o el conflicto, y se pasa de una ruptura a un estado de “paz” con el mundo y con quienes lo habitan, con todas sus complejidades e incluso, con la presencia del mal.

Polarización y posverdad se plantean como dos caras de una misma moneda, de una problemática subyacente de la cultura actual: la superación de la verdad que expresan los hechos y, en última instancia, la realidad alrededor, cuando se le da mayor relevancia a una apreciación emotiva

—siempre más variable— o a los prejuicios ideológicos, en detrimento de la comprensión racional de la realidad. En otros términos, aplicando conceptos de Arendt, cuando se presenta una “ausencia de pensamiento”<sup>18</sup> (Arendt 1998, 5; 2009, 18), también vista como una “incapacidad de pensar” (Arendt 2002, 30) a partir de la ruptura con la realidad, tanto en la historia del pensamiento como en ese ejercicio personal de la mente que ella define como esencial de la condición humana y de toda civilización (Arendt 2002, 86). Una incapacidad desarrollada en el último siglo especialmente, que ha dejado al ser humano sin puntos de apoyo para relacionarse con la realidad —como dice Canovan en su introducción a *The Human Condition*, “relacionada en sí misma con la pérdida del mundo común humano”<sup>19</sup> (Arendt 1998, xv)— y que lo ha orientado hacia la afirmación de dimensiones más propias de la subjetividad: las emociones, las convicciones personales, o la búsqueda de la aceptación social y las identidades de grupo.

En Arendt se presenta una interesante síntesis entre razonamiento filosófico, interpretación histórica, pensamiento político e interés periodístico. Esta resulta muy apropiada para la aproximación a los conceptos más actuales de posverdad y polarización y lo que implican frente a la cuestión de la verdad en la política y más allá de esta. Con Arendt se recibe una invitación a atender la realidad y a vincular la reflexión filosófica con el pensamiento crítico, el análisis político, social e, incluso, psicológico. Introducirse en sus reflexiones ayuda al ejercicio de la profundidad, en sintonía con una amplitud de perspectiva y contacto con la actualidad, muy adecuado para abordar las problemáticas inherentes a la posverdad y la polarización.

La centralidad que ocupan el acontecimiento, la realidad política y el pensamiento en la obra de Hannah Arendt, entran directamente a enfrentar estas problemáticas como análisis y como propuesta. Conviene profundizar en este vínculo y también en las distinciones que plantea Arendt. Además de la “reconciliación”, que es el centro del marco conceptual que se plantea, debe abordarse

---

<sup>18</sup> La publicación original en inglés lo refiere como “*thoughtlessness*”, mientras que la traducción de Ramón Gil (Arendt 2009, 18) habla de “falta de meditación”.

<sup>19</sup> Traducción propia.

la red semántica que rodea la cuestión de la verdad política en la autora alemana. En este sentido, nos referimos a nociones como *realidad, comprensión, mente y acontecimiento (hecho o incidente)*.

## **2.1. La dimensión política de la realidad**

McIntyre en su libro *Posverdad* hace una aclaración importante: “La posverdad no tiene que ver con la realidad: tiene que ver con cómo los humanos *reaccionamos* ante la realidad” (McIntyre 2018b, 177). La posverdad se puede resumir como *indiferencia* o superación de lo real, que es considerado irrelevante. ¿Significa que *toda* la realidad puede pasarnos de largo sin que le demos importancia? Parece importante primero contextualizar esa realidad ante la cual se toma una postura. Las características de la posverdad se refieren concretamente a que los hechos objetivos pierden su poder de construir las opiniones, juicios y actitudes de las personas, pero son sustituidos por otros elementos como las emociones, las creencias o convicciones personales.

Esta sustitución no implica irrealidad absoluta, dado que estos aspectos poseen también un estatuto de ser que no pueden desconocerse y tampoco parece adecuado definir esa sustitución como una irracionalidad de parte de alguna especie de locura. El problema con la posverdad y la polarización se encuentra en la reacción a un tipo de realidad que denominamos “factual”. Se suele hablar genéricamente de “la realidad”, pero se conviene referirse al concepto más común que distingue la objetividad de la subjetividad, el plano en que ocurren los hechos o se presentan fenómenos distintos a los pensamientos, los sentimientos, las opiniones, o la imaginación: el dominio de los hechos (*factum*, del latín en singular).

Arendt dio una gran importancia a definiciones de este tipo. Su afán por definir y distinguir es una nota de su pensamiento (Arendt 2010, 98). En parte, esta actitud es una forma de respuesta al mundo moderno en el que veía la disolución de conceptos básicos dentro del discurso intelectual y político y también con el interés de proponer conceptos más afines con la experiencia, distanciándose de definiciones propias de la metafísica tradicional (Biskowski 1993, 872). Al respecto comenta Fina

Birulés (en la introducción al texto): “Así, trabaja aislando conceptos, siguiéndoles la pista, enmarcándolos, de manera que, en sus manos, el acto de teorizar tiene algo que ver con reencontrar, recuperar y destilar un sentido que se ha evaporado” (Arendt 1997, 12). Este tipo de ejercicio se echa de menos también en la actualidad, donde se percibe esa misma característica que Arendt notaba en su tiempo. Los conceptos que se hacen “borrosos” incluso intencionalmente dentro de la retórica de la posverdad y que alimentan la confusión y división propia de la polarización. La recuperación o el reencuentro que menciona Birulés puede entenderse no sólo como método o como una aproximación al lenguaje; puede entenderse también dentro de la búsqueda reconciliadora de Arendt, como se abordará más adelante.

El significado que Arendt da sobre la realidad, esa en la que la mente (o el espíritu) debe establecerse y encontrar un sentido, es central en su pensamiento y también para el marco conceptual que aquí se busca frente a la problemática de la posverdad y la polarización. ¿Cómo considera Hannah Arendt la realidad, o a qué tipo de realidad se refiere en este contexto?

La comprensión de la realidad en Arendt tiene una aproximación fenomenológica; es decir, apunta a describir aquello que se le presenta al hombre común que observa y piensa —una perspectiva notoria en sus reflexiones—. La realidad se entiende como lo que aparece y acontece alrededor, aquello que se capta por la experiencia antes que por la racionalización teórica y que intenta expresar su relación con los pensamientos, juicios, decisiones y acciones personales. Como observa de nuevo Fina Birulés, Arendt no se plantea la realidad como un concepto metafísico, su interés no es la naturaleza de la realidad, como tampoco lo es la naturaleza de la humanidad misma (1997, 13). Su definición tiene una aproximación cercana al sentido común y a la experiencia humana. Podría encontrarse una síntesis de lo anterior en esta frase de Arendt donde entiende la realidad como “el mundo de los asuntos humanos corrientes, en el que nos orientamos y pensamos en términos de sentido común” (2016, 29). Se trata de aquello que tiene su fuente en los acontecimientos tanto históricos como contemporáneos y en las verdades de hecho (fácticas), es

decir, aquellas “en las que nuestros juicios y acciones deben basarse y a las que deben responder”<sup>20</sup> (Tyner 2017, 525).

La realidad tiene así un componente esencial de carácter político, pues, es allí donde los hombres se vinculan mediante las acciones que crean o transforman el espacio compartido. Como refiere la autora, “para nosotros, la apariencia —algo que ven y oyen otros al igual que nosotros— constituye la realidad [...]. Nuestra sensación de la realidad depende por entero de la apariencia y, por lo tanto, de la existencia de una esfera pública en la que las cosas surjan de la oscura y cobijada existencia” (2009, 59). La experiencia es, pues, el medio por el cual el pensamiento se relaciona con la realidad y también con la pluralidad de los hombres. La realidad es un “mundo público y común” (1997, 21) y la experiencia no se cierra en el individuo sino que está siempre abierta a esa pluralidad, a la experiencia compartida.

Arendt suele referirse de manera más general a “la realidad”, pero, conviene tener presente que se trata esencialmente del “espacio de relación” (1997, 15), es decir, del aspecto *político de la vida*. La autora intenta dar más importancia a la trama en la que se desenvuelve la condición humana más que al concepto metafísico. Deja claro que este espacio no es la única realidad en la existencia del hombre y del mundo y “está limitada por las cosas que los hombres no pueden cambiar según su voluntad” (2016, 277). Sin embargo, es definitiva, pues “más que ninguna otra esfera de la vida humana, garantiza la realidad de la existencia a un ser humano que nace y muere” (239). Lo político se entiende entonces, no como una cuestión de gobierno o de ordenamiento social, sino como una esfera o ambiente en el que el hombre se comunica y ejerce propiamente su acción y su libertad; pues, “sin un ámbito público políticamente garantizado, la libertad carece de un espacio mundano en el que pueda hacer su aparición” (161). Se trata de un dominio público (*polis*) en que el hombre no sólo vive, se comunica, recibe lo necesario para su subsistencia, sino que encuentra significado a su

---

<sup>20</sup> Traducción propia

propia condición. Para Arendt, es aquí donde surge y a la vez se manifiesta la pluralidad esencial y distintiva de su humanidad (1997, 117).

La posverdad y la polarización generan un efecto disruptivo en *esta* realidad del mundo común en el que se manifiestan los hechos. Es en este mundo compartido o esfera pública donde se reconocen los acontecimientos, de una forma u otra abiertos a la comprensión de todas las personas, pero ante los cuales se puede optar por permanecer indiferentes, por distorsionar o negar abiertamente su existencia. También aquí la polarización significa el quiebre con la experiencia común que mantiene a los hombres vinculados en la pluralidad. Ambos fenómenos reflejan una pérdida de la articulación necesaria entre la comprensión auténtica y la realidad compartida. Son, entonces, un problema de orden político en cuanto afectan la realidad pública y surgen también de esta, o, mejor, de la disolución del vínculo que permite el reconocimiento, el registro, la memoria de la realidad y el diálogo en un lenguaje común. Pero no se trata solo de un problema del ejercicio de los agentes políticos; es toda la vida pública del hombre que se involucra, sea desde la acción activa o desde el asentimiento de la ruptura que contribuye a su propagación.

En este sentido, recogiendo el marco conceptual de Arendt, “ya que los actos y los acontecimientos —el producto invariable de los grupos de hombres que viven y actúan juntos— constituyen la textura misma del campo político, está claro que lo que más nos interesa aquí es la verdad factual” (2016, 243). La *veracidad* que permite ese reconocimiento de los hechos, de aquellos que son manifiestos a todas las personas, se convierte en un elemento determinante. Se trata particularmente de atender a esta clase de verdad que está el núcleo de la cuestión. De la ruptura entre pensamiento y realidad común, se puede examinar el estado del vínculo entre el pensamiento y la verdad factual.

## **2.2. La verdad factual ante el poder político y la exaltación de la opinión**

Las definiciones de Hannah Arendt, o los acentos que resalta dentro de las definiciones tradicionales y modernas sobre la verdad, han tomado una nueva relevancia en la última década en relación con su profundización acerca de la verdad factual, y el rol de la mentira en la política. Tanto en la academia como en columnas periodísticas ha sido citada de manera amplia. No tanto por la originalidad del concepto como por el realce que hace de la verdad factual dentro de la vida política y del peligro de su manipulación. Arendt se planteó específicamente “descubrir el daño que puede hacer el poder político a la verdad” (2016, 243).

Para Arendt, lejos de la discusión metafísica y desde su perspectiva política, las verdades factuales contenidas en la realidad objetiva de las cosas y los acontecimientos son las determinantes del sentido y significado del compromiso en lo público, y de la consistencia misma del “tejido” común en el que se establece una auténtica comunidad entre las personas. Si bien no centra sus argumentos en la cuestión de la existencia de la verdad, afirma con claridad la necesidad de la verdad en sus distintas clases, sean las de razón o las verdades de hecho, pero en particular estas últimas, pues en última instancia,

está en juego la supervivencia, la perseverancia en la existencia [...], y ningún mundo humano destinado a superar el breve lapso de la vida de sus mortales habitantes podrá sobrevivir jamás si los hombres se niegan a hacer lo que Heródoto fue el primero en asumir conscientemente: decir lo que *es*<sup>21</sup>. Ninguna permanencia, ninguna perseverancia en la existencia, puede concebirse siquiera sin hombres deseosos de dar testimonio de lo que es y se les muestra porque es (2016, 241).

No es posible prescindir de la búsqueda de la verdad en todo ámbito, tampoco en el político. La estabilidad de la convivencia humana, que se asienta en una realidad compartida, depende de que las personas se acojan a los hechos y la realidad que presentan una vez acontecidos. Se trata de una aceptación de la realidad y de preservar la responsabilidad vital del ser veraz. Para Arendt, reconocer

---

<sup>21</sup> La cursiva es propia, para acentuar el concepto y referir a una traducción diferente a la edición citada traducida por Ana Poljak. La publicación en inglés (Arendt 2006, 197) se refiere a “*to say what is*”, que es traducida en la edición en español como “decir lo que existe”. Dentro de la perspectiva de Arendt y en torno a la temática de este trabajo, puede ser más apropiada la opción más literal “es”. También se modifica el sustantivo en la frase original “ninguna perseverancia en el existir” por “[...] la existencia”, que ya se usa en la primera línea de la cita. Se mantiene así la repetición en la versión original en inglés de la frase “*perseverance in existence*”.

la esencialidad de las verdades más simples en la vida pública cotidiana es una cuestión de sentido común. La relación entre las personas en el ámbito común requiere de este fundamento en “lo que es” para poder tener firmeza y no la permanente variabilidad de lo que pudo ser o no ser; lo que hoy *es*, pero mañana podría *no ser*. El eterno relativismo o el escepticismo absoluto, en la práctica no son más que ideas desarraigadas de la realidad de la vida cotidiana; son apariencias, un autoengaño. Ni la mentira ni el error pueden dar seguridad al hombre que busca vivir y perseverar en la existencia y su identidad. No obstante, Arendt es consciente y llama la atención sobre el peligro real: “las posibilidades de que la verdad factual sobreviva a la embestida feroz del poder son muy escasas y siempre corre el peligro de que la arrojen del mundo no sólo por un período sino potencialmente para siempre” (2016, 243).

Explora este daño que sufre la verdad cuando queda a merced del poder político, especialmente en lo que se evidenció dentro de los regímenes totalitarios del siglo XX de los que ella misma fue testigo, luego de realizar una síntesis de la esencia de las discusiones filosóficas sobre la verdad desde tiempos premodernos y durante la modernidad. Arendt propone examinar el lugar de la verdad en lo público sin referirse a los esquemas metafísicos tradicionales para apelar al sentido común y al constatar cómo en la situación moderna tanto la metafísica como la filosofía han llegado a ser “dos términos y dos ámbitos de investigación que [...] han caído en desgracia” (Arendt 2002, 34). Para Arendt, la pregunta por la verdad —y todas las preguntas fundamentales desde el origen de la humanidad—, debían ser abordadas ahora de una manera diferente ante el descrédito moderno de la aproximación filosófica y de la metafísica tradicional: “no es que las viejas cuestiones [...] hayan devenido ‘carentes de significado’, sino que el modo en que fueron formuladas y resueltas ha perdido su validez” (37). En síntesis, se trata de pensar con la premisa de que “ni la verdad de la religión revelada, que los pensadores del siglo XVII aún tomaban como una molestia mayor, ni la verdad del filósofo, desvelada al hombre en su soledad, interfieren ya en los asuntos del mundo” (2016, 247). Por ello, emprende el ejercicio de aproximarse a la verdad en la política tomando la experiencia como el objeto primordial del pensamiento (2010, 73), sin entrar en el debate metafísico sobre “qué es la

verdad”, tomando el término “por causas políticas [...] en el sentido en que la gente la suele entender” (2016, 243).

La pérdida de reputación de la metafísica tradicional llegó con la edad moderna y el auge empirista que, junto a los desafíos a la tradición planteados por el pensamiento de Marx, Kierkegaard y Nietzsche, promovieron la duda y la desconfianza sobre la capacidad de la razón y de los sentidos para reconocer la verdad y dieron origen a un desplazamiento radical hacia la experiencia subjetiva. Arendt argumenta que ese giro radical socavó la validez del sistema conceptual tradicional en el que “la verdad se percibía, en última instancia, sólo en la contemplación [y en] la creencia de que las cosas se muestran tal como son” (2016, 46). Es lo que ella define con “el concepto de verdad como revelación” (46), propio de la tradición del pensamiento desde Platón hasta la entrada del pensamiento moderno.

Este es el núcleo de lo que Arendt concibe como la ruptura del pensamiento moderno con el pensamiento tradicional. Es desde esta perspectiva que enfrenta el problema de la verdad en la política, de su conflicto desde antiguo con la opinión —que es esencialmente política—. Se enfoca en la vulnerabilidad moderna de toda verdad, pero principalmente en la verdad factual puesto que es el tipo de verdad determinante para la política, para la “supervivencia de la ciudad” (2016, 241). Aquel que pareciera ser la más evidente y permanente para las personas del común.

El conflicto entre verdad y política y el uso deliberado de la mentira con fines de dominio y poder no es para nada reciente. No se trata de un fenómeno propio de la posverdad, ni tampoco del siglo XX. Sin embargo, Arendt es reconocida en el pensamiento político de los últimos 50 años por dar relevancia a la cuestión y por superar miradas simplistas, profundizando en la naturaleza de la verdad en términos casi estrictamente políticos. Procurando asentar sus observaciones con una fuerte carga de sentido común, ese que “regula y controla todos los demás sentidos y sin el cual cada uno de nosotros quedaría encerrado en su propia particularidad de datos sensibles que en sí mismos son inestables y traicioneros” (2014, 636). Una facultad que, según ella misma, ha perdido terreno importante dentro del pensamiento humano, especialmente frente a los totalitarismos que erosionaron

la capacidad de comprensión común. Con esta perspectiva sobresalen sus esfuerzos por denunciar la fragilidad que observa la verdad y que puede entenderse desde una aproximación doble: Por un lado, por el poder político de manipulación cuando actúa en su propio dominio. Por el otro, por la naturaleza misma de la verdad factual, sellada por una vulnerabilidad inherente. Como reconoce Arendt, en cierta medida, la verdad factual es más vulnerable “que todos los tipos de verdad de razón tomados en conjunto”, porque, como se verá más adelante, se produce en el dominio contingente y cambiante de las interrelaciones humanas y dependerá siempre de factores externos para su demostración y preservación —como la memoria y la experiencia—. A diferencia de las verdades de razón como las filosóficas, matemáticas o científicas, cuya validez se apoya en la necesidad de la lógica y la propia coherencia interna (2016, 243; 2002, 84).

La conceptualización de Arendt permite apreciar un panorama esclarecedor de las raíces de la condición actual de la verdad dentro de la posverdad y en el ambiente de polarización en el que los hechos y, en general, toda la realidad que estos conforman, son desplazados con gran facilidad. En buena parte, como lo exponen varios expertos y en ello estaría de acuerdo Arendt, se debe a la influencia de quienes ejercen el poder en el ámbito político. McIntyre es uno de los que acentúa la acción del poder político en la manipulación de la verdad, al definir la posverdad en términos de “la subordinación de la verdad a los intereses políticos”. También es común definir la polarización a partir de una tendencia de la estrategia política actual. Sin embargo, es posible abrir la comprensión de los fenómenos y encontrarse una profundización mayor desde la base teórica que expone Arendt cuando aborda el problema de la verdad —y la mentira— en la política en su propio tiempo. Se puede comprender ahí, que no se trata solo de la mala voluntad política o de un asunto moral. El problema exige pensar y definir mejor los conceptos involucrados: el significado de la verdad factual, la esencia de la realidad y la naturaleza de la acción política. “Nada se ganará con una simplificación o una denuncia moral” (2016, 241), dice Arendt. Resulta de la mayor importancia adentrarse en la relación teórica entre verdad y política, y no quedarse en la discusión moral que reclama sobre todo una voluntad de veracidad en aquellos agentes y partícipes de la acción política.

En el análisis del conflicto más actual entre verdad y política muchos se centran en los defectos del poder, en la tentación de manipular para alcanzar posiciones de dominio o de influencia en la opinión pública. Arendt, por su parte, hace una propuesta que permite atender más allá del sujeto político que distorsiona o supera la verdad y a quien se le asigna una culpa. La autora alemana invita a profundizar principalmente en el objeto que sufre el daño, la verdad factual. Esta alternativa de análisis resulta conveniente si se considera que la perspectiva solo moral no ha logrado responder completamente al antiguo conflicto y además, parece que el uso de las categorías filosóficas tradicionales ya no apela al hombre contemporáneo. Sigue siendo relevante encontrar respuestas o ángulos de aproximación al problema cuando la necesaria verdad parece diluirse más que antes y el poder de manipulación aumenta por la audacia del poder, por las herramientas con que cuenta y por el contexto en que hoy se desarrolla: una mayor separación del pensamiento y de la reflexión con respecto a la realidad factual.

Las denuncias que hace Hannah Arendt en *Verdad y política*, parecieran de tiempos más recientes y sorprenden por su vigencia. Decía entonces en su publicación de 1967:

El choque entre la verdad factual y la política, que se produce hoy en tan gran escala, tiene al menos en algunos aspectos, rasgos muy similares [al conflicto antiguo entre política y verdad racional]. Mientras que probablemente ninguna época anterior toleró tantas opiniones diversas en asuntos religiosos o filosóficos, la verdad de hecho, si se opone al provecho o al placer de un grupo determinado, se saluda hoy con una hostilidad mayor que nunca (2016, 248).

Esta expresión hace recordar a la antes citada de McIntyre referida a la posverdad. El autor norteamericano mencionaba los desafíos contra la verdad —la negación, la mentira, la subordinación a fines políticos— “tan abiertamente abrazados” como estrategia política. Con la misma idea de fondo, Arendt evidenciaba la hostilidad frente a aquello que desafía el interés político particular. La falsedad es abrazada, la verdad despreciada o tratada con indiferencia cuando no se le declara una abierta hostilidad. Se pregunta Arendt si esta verdad factual, que pareciera la más elemental e invulnerable, tiene aún cabida cuando se percibe tan impotente: cuando la manipulación alcanza a ser un medio político aparentemente válido, y el valor de ser veraz termina siendo “sacrificado” frente a otros principios y valores (2016, 241). Se refiere así al desprestigio de la verdad y al valor

de la veracidad en un mundo y un tiempo como el suyo, en que ya desde entonces se consideraba la libertad de opinión un valor fundamental, pero dejando de lado la relación tradicionalmente acogida entre verdad y opinión, y la consideración de los elementos necesarios para la validez de una opinión.

La relación entre la verdad y la opinión en el ámbito político ha sido un tema recurrente a lo largo de la historia. Tradicionalmente, se ha asumido una armonía entre ambos, incluyendo las verdades de tipo factual, donde los hechos sólidos sirven como base para la formación de opiniones y un razonamiento fundado en la realidad. Sin embargo, Hannah Arendt recuerda cómo la relación tiene una mayor complejidad y se tornó más oscura con la entrada de pensamientos modernos y sus posteriores desarrollos en la política. La concepción tradicional de la relación entre la verdad factual y la opinión se caracterizó por una clara jerarquía. La verdad entendida como una correspondencia objetiva con la realidad, considerada como el fundamento sobre el cual se construyen las opiniones, es decir, la interpretación a partir de la comprensión del mundo tal como es. Según esta perspectiva, la verdad tanto racional como la factual se entendía tradicionalmente como un bien en sí mismo y su búsqueda como una de las principales tareas de la razón humana. Las opiniones, en cambio, son juicios subjetivos siempre cambiantes como lo es mundo de los asuntos humanos “en un estado de flujo constante” (2016, 245), pero con la obligación de mantener el vínculo con “la verdad de las cosas” y los principios permanentes de allí derivados como centro estabilizador. Esa inestabilidad de los juicios subjetivos les atribuía un lugar muy inferior y en la filosofía clásica, opuesto a la verdad permanente.

El pensamiento moderno en parte como respuesta a tal situación de “degradación<sup>22</sup> de la opinión” (2016, 245), condujo progresivamente a una relación inversa entre verdad y opinión, con esta última como punto de partida para la verdad: al predominio del “me parece” sobre la consideración de “lo que *es*” Como lo manifiesta Arendt, y es un argumento primordial, el núcleo de este cambio se encuentra en la creencia moderna en que “la verdad no está dada ni revelada, sino que es producida por la mente humana” (243). Es así como la verdad es despojada de toda objetividad, y

---

<sup>22</sup> Traducción propia: “*degradation*” en el original en inglés, en vez de la traducción “mengua” de la edición en español.

específicamente a la verdad de los hechos en la discusión política, se le retira la posibilidad constituir una base común para la variabilidad de las opiniones, para tender ese “tejido” defendido por Arendt, que facilita el diálogo y el consenso político. El campo queda abierto para la reinterpretación, la especulación y la imaginación sin límites.

Arendt misma presenciaba el gran desconcierto de su tiempo en que la opinión era valorada cada vez más, incluso al punto de igualarla a todo tipo de verdad, llegando a “desdibujar la línea divisoria entre ambos” (2016, 249). El conflicto se hace más complejo cuando a la mentira deliberada se le suma la entronización de la opinión: “La verdad de hecho, aunque mucho menos abierta a la discusión que la verdad filosófica, y con entera evidencia al alcance de todos, a menudo parece estar sujeta a un destino similar cuando se expone en la calle —es decir, a que se la combata no con mentiras ni falsedades deliberadas, sino con opiniones—”. Esta afirmación de las opiniones frente a un desplazamiento de los hechos objetivos, a la elaboración de juicios a partir del “me parece”, de unas preferencias particulares, puede remitir a considerar la posverdad como un despliegue más reciente del conflicto de larga data entre opinión y verdad, o subjetividad y objetividad. Las verdades factuales objetivas pierden relevancia ante una sobre valoración o incluso primacía de la opinión formada, más que en consideraciones o juicios subjetivos, en experiencias emocionales o en autoafirmaciones identitarias que hoy adquieren una nueva modalidad: “siento que”.

### **2.3. La vulnerabilidad de la verdad factual frente a la opinión, los sentimientos y la percepción identitaria**

Lo anterior plantea una cuestión paradójica: si la política y las opiniones que le son propias deberían sustentarse en hechos verídicos para ser creíbles, ¿cómo puede resultar tan vulnerable la verdad factual frente al poder político que manipula o esconde las verdades que le resultan incómodas? ¿En qué consiste esa vulnerabilidad de los hechos que, siendo evidentes a primera vista, sin la necesidad de la especialidad filosófica o matemática que sí requieren las verdades racionales,

debieran ser el fundamento obvio de cualquier opinión política? La paradoja no es sólo de tipo lógico, pues encierra una contradicción de graves consecuencias para la estabilidad pública si se considera la relación esencial entre la verdad de los hechos y la política: como lo recuerda Arendt, aunque la política trata de opiniones, debe siempre considerar la información objetiva pues los hechos dan forma y sustentan la opinión y así, en última instancia, “la verdad factual configura al pensamiento político tal como la verdad de razón configura a la especulación filosófica” (2016, 250). Aunque las mentiras campeen en la política, o la opinión pueda deslindarse de lo factual, el sentido común se resiste a aceptar esa realidad. No debería poder subsistir un mundo compartido en el que el engaño tenga alguna aceptación y la misma opinión pierda su esencia si deja de ser libre a causa de la mentira en cualquiera de sus formas. Observa Arendt que esa “libertad de opinión”, que tanto se defiende desde hace siglos, “es una farsa, a menos que se garantice [...] que no estén en discusión los hechos mismos” (250).

¿Es ciertamente un contrasentido la convivencia habitual entre la verdad y la política? ¿Cómo resolver la paradoja, esta particular ‘perplejidad’ moderna? Ya lo decía Arendt, que “la veracidad jamás se incluyó entre las virtudes políticas, porque poco contribuye a ese cambio del mundo y de las circunstancias, que está entre las actividades políticas más legítimas” (2016, 264). La invitación es a no claudicar a la verdad bajo la convicción de que sí es posible que verdad factual y opiniones políticas coexistan armónicamente. Es claro para ella que “los hechos dan origen a las opiniones, y las opiniones, inspiradas por pasiones e intereses diversos, pueden diferenciarse ampliamente y ser legítimas mientras respeten la verdad factual” (250). No obstante, esta tarea no es simple dado el estado actual —en tiempos de Arendt y del siglo XXI—, de irrespeto precisamente frente a la objetividad de los hechos y una sobrevaloración de los pareceres, gustos o emociones personales.

Este “respeto” resulta esencial y habla de una actitud humana frente a la verdad que no puede quedar en el olvido si se procura la estabilidad de la vida, no sólo en lo estrictamente político. La

“materia factual”<sup>23</sup> (2016, 251) de los hechos debe ser preservada junto con las líneas que definen y distinguen los juicios de opinión de lo que se muestra en la realidad factual. En la aproximación de Arendt se trata de una actitud del pensamiento antes que de la moral: “Cuando hablamos de mentiras, y especialmente de mentiras entre hombres que actúan, recordemos que la mentira no se introdujo en la política por accidente de la pecaminosidad humana. La indignación moral, por esta sola razón, no es probable que la haga desaparecer” (2015, 13). El *respeto*, en este sentido, implica la consideración de que la verdad de los hechos no se impone por sí misma, no es autoevidente. Aunque los hechos parezcan sólidos e irrefutables, la autora argumenta que siempre serán susceptibles a la distorsión, a la supresión o la manipulación. Se podría pensar lo contrario, pero, dice Arendt, las verdades de hecho son las más frágiles entre los diferentes tipos de verdad. Habla de una transparencia en los hechos evidentes que tiene también algo de oscuridad, “una opacidad peculiar” (2016, 255), lo que determina su desventaja inherente frente a la opinión, incluso antes de la intervención del poder político.

Una primera desventaja de la verdad factual radica paradójicamente, en su forma impositiva o coercitiva de manifestar la veracidad. Los hechos, podría decirse, son verdades duras: una vez establecidos, es decir, son considerados precisamente “*un hecho*”, establecen una distancia radical frente a la opinión o la discusión. “La verdad de hecho, como cualquier otra verdad, exige un reconocimiento perentorio y evita el debate, y el debate es la esencia misma de la vida política” (2016, 253). Este es el carácter “despótico” de esta clase de verdad, como lo llama Arendt, que la expone precisamente a un rechazo natural, a una “hostilidad” dentro del debate político en el que se procura, por el contrario, demostrar la validez a través de la opinión con herramientas de persuasión o consenso. La verdad factual se percibe como una amenaza para el poder político ya que introduce un elemento objetivo, externo e independiente, que no puede ser manipulado o controlado. Si bien los hechos se hacen manifiestos dentro de lo público, la “materia objetiva” de los hechos afirma su validez *desde fuera* del campo político.

---

<sup>23</sup> La traducción en español se refiere a “materia objetiva”, pero esta opción literal, del inglés “*factual matter*” (2006, 205) puede ser más adecuada.

El que los hechos dependan de una evidencia pública, trae consigo una fragilidad adicional: los hace depender de una fiabilidad humana. Arendt destaca que la verdad factual se basa en el testimonio de testigos que pueden ser poco fiables, y en distintos tipos de registro documental de los que tampoco se puede pretender garantía absoluta de incorruptibilidad (256). La posibilidad de un falso testimonio, motivado por intereses personales, lealtades o presiones externas, socava la fiabilidad de la verdad factual. Además, la falsificación deliberada de registros y documentos, así como la creación de hechos, como las *fake news* hoy tan mentadas en el ambiente político y de las comunicaciones, introduce un elemento de incertidumbre que dificulta la distinción entre lo verdadero y lo falso.

En la actualidad, con el avance tecnológico, la sospecha sobre documentación de todo tipo ha aumentado significativamente, llegando a un punto en el que la inteligencia artificial permite generar contenido audiovisual prácticamente indistinguible de la realidad. Arendt en su momento llamaba la atención sobre la vulnerabilidad de testimonios personales, que están expuestos a distintas formas de presión interna o externa para distorsionar o negar la verdad: “¿Por qué un mentiroso no iba a sostener sus mentiras con gran valor, sobre todo en política, donde puede estar motivado por el patriotismo o por otra clase de legítima parcialidad de grupo?” (2016, 262). En el contexto de lo que hoy se suele denominar “política identitaria”, estas presiones pueden tener mayor relevancia, sobre todo ante cuestiones tan personales e interiorizadas como la identidad personal o de grupo. Es fácil caer en infidelidad a la verdad de los hechos cuando, inconscientemente, la propia mirada tiene un sesgo que es difícil de reconocer.

Las mentiras resultan a veces mucho más plausibles, mucho más atractivas a la razón, que la realidad, dado que el que miente tiene la gran ventaja de conocer de antemano lo que su audiencia desea o espera oír. Ha preparado su relato para el consumo público con el cuidado de hacerlo verosímil mientras que la realidad tiene la desconcertante costumbre de enfrentarnos con lo inesperado, con aquello para lo que no estamos preparados (2015, 14).

Arendt, en su momento, advertía sobre el riesgo de los sesgos dado que las personas parecen esperar cierto contenido y, más aún, los grupos tienden a aferrarse a sus propias “preferencias”. En buena medida, lo que debería considerarse una preferencia o un interés particular, ha ido mutando al

nivel de una “identidad”. Así, la defensa pasa a un nivel de personalización y apasionamiento inesperado. En cualquier caso, siguiendo el discurso de la pensadora alemana, aun reconociendo que “[las] preferencias tienen la máxima importancia política, y aparte de ellas hay pocas cosas por las que los hombres se diferencien más profundamente entre sí [...], se trata de una cuestión de opiniones y no de la verdad” (2016, 260). El carácter de validez de cualquiera de esas preferencias o identidades dentro del campo político, no debería ser coercitivo, demandando que se excluyan de cualquier debate —bajo la idea de que su reconocimiento es una obligación que se impone por sí misma, que quien se opone es irracional o tiene alguna enemistad personal—; al tratarse de una forma de opinión, o de juicio, “su validez depende del acuerdo y consenso libre; se llega [a esa validez] a través del pensamiento discursivo, representativo, y se comunica a través de la persuasión y la disuasión” (260). Esto por supuesto, no significa en absoluto una minusvaloración de los intereses más particulares o de las identidades legítimas que reclamen un reconocimiento. La clave está en que el discurso sea consciente y respete las “líneas divisorias” entre verdades factuales y otro tipo de juicios que, aunque puedan ser perfectamente ciertos, no encuentran su propia validez objetiva dentro de la realidad factual, sino en otro tipo de ámbito.

El distanciamiento de la verdad no requiere siempre de la mentira, total o parcial. Usar las opiniones sin distinción de los hechos es el camino más sutil y allí reside uno de los mayores problemas de la política fundada en identidades. Las opiniones pueden entremezclarse con “narrativas” que terminan siendo un sistema de creencias que definen la identidad de un grupo. Por ejemplo, de tipo racial, nacional, cultural, económico, o del que hoy suele llamarse de “género”, entre otros. En la vida política global contemporánea, un común denominador en estos grupos identitarios está en considerarse alguna clase de minoría o de víctima de una marginalización. Fukuyama señala que la búsqueda de reconocimiento por parte de grupos marginados, aunque legítima en sí misma, puede llevar al conflicto particularmente cuando se basa en “la experiencia emotiva del yo interior, en lugar de examinarlo racionalmente” (Fukuyama 2018b, 98). Se trata de un fenómeno característico de la época actual: la autoafirmación grupal en identidades que se fundan en una experiencia, o en “la percepción subjetiva de experiencias que podrían no ser necesariamente compartidas” o

“accesibles a extraños”, como lo refiere Fukuyama (93). El mayor riesgo de esta perspectiva según el autor consiste en la fragmentación social que puede surgir en la medida en cada grupo prioriza su propia narrativa y perspectiva, y la consecuente incapacidad de deliberar y llegar a consensos sobre cuestiones de interés común. Esta “experiencia vivida” puede en no pocas ocasiones, llevar a una parcialidad arraigada, en la que el mundo interior —personal y grupal— más que el mundo compartido, determina las opiniones.

La cuestión de fondo no está en si un grupo falsea deliberadamente la verdad solo por el poder que pueda tener de hacerlo, sino en la capacidad reducida de observar sin sesgos la realidad, incluyendo los hechos que ofrece, o de acoger información sin la debida argumentación o una investigación más rigurosa. Dentro de esta dinámica las opiniones parcializadas van y vienen sin considerar hechos imprescindibles y aferrándose más a las pasiones o a una consideración individualista de la propia identidad. Citando a otro autor, Fukuyama escribe sobre cierta cerrazón a cambiar de opiniones o a entablar una discusión racional en la cultura política actual:

Esto privilegia opiniones aferradas sinceramente sobre la deliberación razonada que puede obligar a uno a abandonar esas opiniones. El hecho de que un argumento sea ofensivo para el sentido de autoestima de alguien se considera a menudo suficiente para deslegitimarlo, una tendencia alentada por el tipo de discurso de formato corto [*short-form discourse*] que propagan las redes sociales (2018b, 99).

La cuestión de la “legítima parcialidad de grupo” que toca Arendt, que podría estimular los falsos testimonios y, en general, la mentira en la política, hoy se traduce más comúnmente en la proliferación de opiniones con un mayor apasionamiento y cerrazón cuando la experiencia subjetiva y emotiva personal está tan comprometida dentro la política de identidades. Cada grupo identitario se aferra a su propio “me parece” o “siento qué”, con menor espacio para el diálogo. Este, además, se intenta principalmente en medios sociales virtuales donde es, en realidad, casi una utopía. Las plataformas sociales se convierten en tribunas donde se busca realizar declaraciones con los términos más altisonantes, “con el *glamour* de un debate permanente, [donde] en la práctica, miles de personas transitan por dichos grupos de debate [...] pero en la mayor parte de las ocasiones, nadie interactúa con nosotros” (Turkle 2020, 334). Se presenta poca opción y tal vez ninguna intención de escucha o

de una puesta en común de ideas. El resultado, más que la mentira de uno u otro lado, es un pseudo debate en el que abundan las opiniones presentadas con la obstinación de la verdad, pero superando los hechos mismos y generando la división característica de la polarización política actual. Una erosión de la confianza en la veracidad, no sólo en los testigos directos de los hechos, sino también en expertos que pueden ser tentados por introducir sus propias opiniones e interpretaciones en la presentación de la verdad, sea histórica o presente. Tanto los profesionales del periodismo como de la academia se encuentran con el riesgo de la politización de sus tareas, lo que pone en riesgo, en definitiva, la imparcialidad que se requiere de estas instancias, y con ello, la preservación de las verdades factuales para el interés público. Sin embargo, la parcialidad se ha hecho patente en muchos medios, no solo en las redes sociales por donde hoy se informan las personas en gran medida. El analista político Jim VandeHei comenta sobre estos cambios en el consumo de información y también cómo los medios tradicionales transparentan con mayor facilidad sus líneas editoriales con preferencias particulares (*Axios Founders: Who Broke American Media?* 2025). Donde antes podía haber un sesgo más oculto, hoy se presenta a la vista de todos, con el resultado de un “desmoronamiento” de la confianza en los medios, pero, al mismo tiempo, una mayor expansión del “pensamiento de grupo” y la “mentalidad de rebaño” (*herd mentality*), donde se presenta el partidismo que “en realidad, no quiere la verdad, quiere el refuerzo”<sup>24</sup> (15:41).

La veracidad dependerá siempre de la confianza en instituciones y personas con un rol esencial en el debate público. La parcialidad no puede ser algo a lo que hay que acostumbrarse, no puede ser la norma para la subsistencia de lo que mantiene la cohesión en lo público. Al respecto se refiere Fukuyama: “¿Por qué creemos en la autoridad de cualquier hecho, si pocos de nosotros estamos en condiciones de verificar la mayoría de ellos? La razón es que existen instituciones imparciales encargadas de producir información veraz en la que confiamos” (Fukuyama 2017). Hannah Arendt ofrece el mismo punto de vista cuando subraya la importancia fundamental de la imparcialidad en instituciones y profesiones que, por su propia naturaleza y función, deben mantenerse en cierta forma al margen de la esfera política, No significa por supuesto, en un estado

---

<sup>24</sup> Traducción propia

de aislamiento, sino de alejamiento del “compromiso político, de la adhesión a una causa” (Arendt 2016, 273). Junto a lo que expresa como “la soledad del filósofo, el aislamiento del científico y del artista, la imparcialidad del historiador y del juez y la independencia del investigador de hechos, del testigo y del periodista”, identifica como instituciones esenciales, externas al poder político, al sistema judicial, a las de enseñanza superior y a la “prensa libre”, que tiene la importante función política de informar, pero que “se ejercita desde fuera del campo político” (333). Todas estas, cada una a su manera, “contrariamente a todas las normas políticas”, tienen —o deberían tener—, “la verdad y la veracidad [como] el criterio más alto del discurso y del empeño” (273). La academia, tiene una significación política, pero que no es política en cuanto a su finalidad. Particularmente, “las ciencias históricas y las humanidades, que —se supone— investigan, vigilan e interpretan la verdad de hecho y los documentos humanos” (274). No obstante, hay una tendencia a la politización de la academia, evidente para investigadores como Jonathan Haidt, en las facultades de humanidades y extendida más recientemente a otras áreas de estudio (*Two incompatible sacred values in American universities* 2016). Según Haidt, esta politización que es un factor que impulsa la polarización en Norteamérica, surge a partir de un giro en el propósito central (*telos*) de las instituciones universitarias, de la búsqueda de la verdad al cambio social y particularmente, la persecución de “la justicia social”. Esto significa una inserción de lleno en la agenda política y una mayor permeabilidad al sesgo del razonamiento o del “estudio motivado” (*motivated scholarship*), que facilita a su vez la aceptación y propagación de “falsedades agradables” (16:39). Un síntoma de esta situación puede verse recientemente en la crisis de protestas en distintas universidades de Estados Unidos y Europa frente a las acciones militares de Israel en la Franja de Gaza, donde las universidades no sólo fueron lugares de activismo estudiantil, sino el epicentro de un fuerte debate institucional y escenarios de censura a directivos y académicos (“*HARDtalk, Haidt: US University Campuses Are ‘Exploding’*” 2024). La consecuencia más negativa de este detrimento en la imparcialidad consiste en otra pérdida para la relación con la verdad y el encuentro en la esfera común: la pérdida de la autoridad.

Otra vulnerabilidad de la verdad factual se configura, como lo plantea Arendt, en que los hechos, si bien mantienen la “tozudez” de la veracidad, no son transparentes por completo, ni su

carácter coactivo es absoluto. Los hechos no son totalmente ajenos a esclarecimientos posteriores como tantas veces lo ha demostrado la investigación histórica. De cualquier manera, conviene diferenciar siempre la parte de “materia factual” en el hecho, que debe ser permanente y estable, de aquello que sí puede estar sujeto a una mayor luz. El riesgo de perder la verdad se presenta cuando esa posibilidad sobre los hechos se entiende infinita cayendo así en la relativización o el escepticismo sobre lo verdadero e innegable. Sin embargo, en el fondo, parece una confusión fundamental que se da al no distinguir los límites de lo factual y de la interpretación. El hecho de que nuevas perspectivas o investigaciones arrojen luz sobre un evento histórico no invalida la verdad factual que contiene, como lo comenta Arendt: “Aún si admitimos que cada generación tiene derecho a escribir su propia historia, sólo le reconocemos el derecho a acomodar los acontecimientos según su propia perspectiva, pero no el de alterar la materia objetiva [o factual] misma” (Arendt 2016, 251). Ella ilustra esto con un ejemplo: en el ensayo *Verdad y política*, relata una anécdota en la que Clemenceau, primer ministro francés de entonces, dialoga con un representante de la República de Weimar sobre la responsabilidad del estallido de la guerra. Ante la pregunta sobre qué dirán los futuros historiadores sobre este “controvertido” tema, Clemenceau responde: “Eso no lo sé, pero sé con certeza que no dirán que Bélgica invadió Alemania” (251). Algo similar sucede en un debate más actual, en el que un hecho reconocido por mucho tiempo luego es controvertido. Desde hace algunas décadas y hasta hoy, pero con intensidad particular cuando se acercaba el quinto centenario de la llegada de Colón a América, se abrió un debate sobre aquel evento histórico. En círculos académicos y políticos se cuestionó la denominación de “descubrimiento de América”, como tradicionalmente se había enseñado. Las presiones para que fuese remplazado el concepto de “descubrimiento” se originaban al atribuirle una visión eurocentrista en cuanto “evidencia una perspectiva unilateral” (Secretaría de Cultura de México 2019), o porque invisibiliza la población prehispánica, entre otras críticas. Una discusión que puede considerarse válida en lo que atañe a lo susceptible de interpretación, pero que no puede nunca desconocer los elementos históricamente objetivos: el *hecho* de que Colón llegó en un día de 1492 a costas de lo que después se llamó América, lo que constituyó un descubrimiento para los navegantes españoles y para todo el mundo europeo.

El mayor problema se presenta cuando alguna perspectiva sólo termina por satisfacerse con una reescritura de eventos pasados, procurando acomodar los términos que le resultan incómodos, a veces por otros incluso incompatibles con el tiempo en que ocurren. Esto desde una aproximación en la que las verdades factuales se conciben relativas frente a alguna narrativa determinada, donde hasta los datos más elementales pueden ser puestos en duda o excluidos del relato histórico. “El completo entramado de los hechos [...] siempre corre el peligro de ser taladrado por mentiras individuales o hecho trizas por la falsedad organizada de grupos, naciones o clases, o negado y tergiversado, cuidadosamente oculto tras infinidad de mentiras o simplemente dejado caer en el olvido” (2015, 13). Un eco de lo anterior se percibe en el auge actual de las corrientes — ideológicas— de la “desmonumentalización”, “descolonización de la memoria”, o el pensamiento post colonial, desde donde se desafían conceptos y contenidos históricos otorgándole un estatus de narrativas obsoletas o que deben ser sujeto de un proceso de “desinfección” (Broadbent 2017) y así parcial o totalmente reformuladas. Por ejemplo, el mismo hecho del descubrimiento de América, el nombre que le fue dado al territorio y la conceptualización posterior de lo “americano”, puede terminar en definiciones diametralmente opuestas, sobre todo cuando se desestiman contextos históricos factuales. Por un lado, se presenta como un proceso necesario de *integración* o “simbiosis” en el que “como consecuencia del Descubrimiento, fue posible la conceptualización de la idea de América”, ya que “las culturas precolombinas [...] nacieron y se desarrollaron aisladas entre sí y jamás llegaron a tener una conciencia de que pertenecían a una común región geográfica y que podían ser partes de una unidad más vasta” (Gros Espiell 1992). Por el otro, una visión a partir de la *dominación*, en la que tanto el Descubrimiento como el mismo nombre de América —con la conceptualización natural que de ahí se deriva— portan en sí la “expresión de deseo del genocidio y de la apropiación” (Ruscitti y Petrongolo 2022), por lo que la presencia actual de “marcas territoriales” como el nombre o en forma de “estatuas de asesinos y violadores” —de los descubridores, conquistadores o colonizadores—, se convierte en experiencia “de alienación en sentido de separación [...] del territorio y del paisaje”. La polarización de este tipo de afirmaciones pone en evidencia la importancia de distinguir entre hechos e interpretaciones que acentuaba Arendt,

porque el mayor riesgo es la distorsión en la comprensión del pasado y que la historia no aclare si no, por el contrario, presente más confusiones y perplejidades a las generaciones presentes y futuras:

Los hombres que actúan en la medida en que se sienten dueños de su propio futuro sentirán siempre la tentación de adueñarse del pasado. Si experimentan el apetito por la acción y están a la vez enamorados de las teorías, [...] experimentarán la tentación de encajar su realidad —que, al fin y al cabo, ha sido hecha por el hombre y, por consiguiente, podría haber sido de otra manera— en su teoría, desprendiéndose así de su desconcertante contingencia (Arendt 2015, 18).

Arendt pone de manifiesto una nueva vulnerabilidad, profundamente entrelazada con la libertad humana. Habría que decir que quizás se trata del mayor peligro para el lugar esencial de la verdad factual en la configuración de la realidad, y de cómo se interpreta ésta en el debate de los asuntos humanos. Los hechos, cualesquiera que sean, no acontecen por necesidad, sino que siempre pudieron haber sido de otra manera. Por eso, la naturaleza contingente de los hechos define la vulnerabilidad de su verdad. En sus palabras, consiste en que “no hay ninguna razón concluyente para que los hechos sean lo que son; siempre pueden ser diversos” y no hay límite para las posibles alternativas (Arendt 2016, 255). Al sentido común le puede parecer obvia esta conclusión, pues, como lo explica Arendt —dentro de sus consideraciones políticas—, tal contingencia es fundamental para la acción humana y, por ende, para la libertad, la cual se realiza en la capacidad de la persona de actuar en el espacio público y así transformar el mundo (160). Dentro de la necesidad, no existe espacio para la libertad. Para Arendt, la realidad política es justamente donde el hombre sale de sus necesidades privadas de sobrevivencia para actuar libremente, cambiando el entorno en comunión con los demás (1997, 18). Sin embargo, esta misma *contingencia* se vuelve una desventaja al abrir la puerta a las ideologías que buscan imponer su propia narrativa y un transcurso “necesario” de los hechos, negando la posibilidad de las alternativas y, por tanto, a la acción humana libre.

Las ideologías totalitarias, como las analizadas por Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, especialmente en el capítulo *Ideología y terror, una nueva forma de gobierno*, toman partido de la contingencia de los hechos para construir una realidad alternativa, basada en dogmas y preceptos inmutables con la intención de integrar todo en un “supersentido” ideológico entronizado a partir de alguna “clave de la Historia”. A este se refiere la autora en términos del “ridículo supersentido de su

superstición ideológica” (2014, 613). Al negar la posibilidad de que los hechos hubieran sido de otra manera, es decir, con la pretensión de eliminar la contingencia de los hechos e imponer una necesidad artificial, las ideologías buscan eliminar la incertidumbre y el debate, creando un sistema cerrado a la verdad factual que termina distorsionando la comprensión de la realidad. No es un problema encapsulado en los regímenes totalitarios del siglo XX, pues Arendt lo extiende “a todos los ‘ismos’”<sup>25</sup> (614), a las ideologías que pretenden la “reivindicación de validez total”, “la explicación total del pasado, el conocimiento total del presente y la fiable predicción del futuro” (630), a partir de la aceptación de una premisa inicial. Arendt incluso parece tender a asignar el carácter de ideología —no propiamente el de filosofía— a una parte de todo el pensamiento filosófico moderno, particularmente el pensamiento político, sobre todo a partir de las teorías de Karl Marx. Porque, según Arendt, la filosofía política debe situarse delante y afuera del ámbito político para iluminar la acción. Sin embargo, cuando la filosofía se inserta de lleno en el mundo de los asuntos humanos, como lo procuró Marx al entenderla como “función de la sociedad y de la historia”, se produce un salto de la filosofía a la política, en donde la acción y el trabajo toman el lugar de la reflexión, la tarea de la filosofía de interpretar el mundo— se convierte en la tarea por su transformación (2016, 35; 27).

En el centro de la crítica de Arendt se encuentra la pretensión totalizante de las ideologías —o de muchas de estas—, de poseer una verdad *absoluta* y *completa* sobre el mundo que conduce a la supresión de cualquier hecho o perspectiva que contradiga su propia narrativa ideológica. El “supersentido” involucra el establecimiento de la *necesidad* en la realidad total, incluyendo los acontecimientos en la historia, conceptos tradicionales fundamentales como el trabajo, la violencia, la esencia y el sentido de la humanidad, y hasta la historia misma; todo cobijado y determinado por la idea preconcebida, con la visión de un mundo como se quiere y no como es. Como resultado añadido, se genera una funcionalización del mundo y de la historia, en la que las cosas —las personas,

---

<sup>25</sup> No se trata de aplicar la connotación negativa indiscriminada a cualquier término de este tipo. Berkowitz lo precisa en cuanto a ideologías totalitarias, o “ideologías con elementos totalitarios” (*Origins of Totalitarianism (#14: Ideology and Terror: A Novel Form of Government)* 2024, 0:30:57); no toda ideología tiene este carácter totalitario, no todo “ismo” se refiere a una ideología como sistema de pensamiento.

las acciones, la naturaleza— se ven “como partes de un todo o de un proceso”, y no como “situaciones y gestos singulares” (2016, 50). Se concibe una mirada al pasado como sucesión de hechos necesarios y el futuro como un despliegue preconcebido, también a partir de

idear todas las clases de necesidad, desde la dialéctica de un mundo del espíritu o de las condiciones materiales hasta las necesidades de una naturaleza humana presuntamente invariable y conocida, para que los últimos vestigios del al parecer arbitrario «podría haber sido de otra manera» [...], desaparezcan del único campo en que los hombres son libres de verdad [la esfera de los asuntos humanos]<sup>26</sup> (2016, 255).

Las ideologías que asumen la forma de “profecías” (2014, 612), que eliminan la contingencia para establecer la necesidad y subordinar a esta la libertad del hombre, terminan de una forma u otra diluyendo la pluralidad inherente a la condición humana (1997, 33) y dando lugar a la masificación o el aislamiento. En última instancia, a la fractura del mundo común, una condición en la que las mismas ideologías y las narrativas o realidades alternativas allí generadas, pueden imperar con mayor facilidad. Aunque Arendt tenga en mente la realidad de los totalitarismos del siglo XX, su percepción del ambiente que se genera cuando imperan las ideologías puede resonar dentro del mundo más reciente de superación de la verdad y de fragmentación conflictiva de la opinión pública.

La rebelión de las masas contra el «realismo», el sentido común y todas «las plausibilidades del mundo» (Burke) fue el resultado de su atomización, de su pérdida de [...] todo el sector de relaciones comunales en cuyo marco tiene sentido el sentido común. En su situación de desarraigo espiritual y social, ya no puede funcionar una medida percepción de la interdependencia entre lo arbitrario y lo planeado, lo accidental y lo necesario. La propaganda totalitaria puede atentar vergonzosamente contra el sentido común sólo donde el sentido común ha perdido su validez. Ante la alternativa de enfrentarse con el crecimiento anárquico y la arbitrariedad total de la decadencia o inclinarse ante la más rígida consistencia fantásticamente ficticia de una ideología, las masas elegirán probablemente lo último y estarán dispuestas a pagar el precio con sacrificios individuales; y ello no porque sean estúpidas o malvadas, sino porque en el desastre general esta evasión les otorga un mínimo de respeto propio (2014, 488).

---

<sup>26</sup> La concepción dialéctica de Hegel como ley necesaria de la historia, con su idea de progreso histórico personificada en un “Espíritu del mundo” que conduce con voluntad propia a los hombres “hacia una ‘significación’ nacida de la necesidad de la razón”; el materialismo marxista, similar a la concepción hegeliana de la historia, con una lógica y una dirección necesaria, aunque movida por factores opuestos —como el trabajo y la lucha de clases—determinados no por el pensamiento sino por la acción; otras “ideologías” como el positivismo, el pragmatismo, el conductismo y el progresismo, que suponen una naturaleza humana determinada y “establecida para siempre” (Arendt 2011, 612)

Todas estas fragilidades de la verdad factual sugieren que el recurso a la mentira, o a cualquier distorsión de la verdad, sea de forma deliberada o por el simple descuido, no son solo fruto de una voluntad malvada; siempre existirá una fuerte resistencia natural a los hechos, con lo cual, la principal voluntad a ejercitar es la del cuidado sobre la verdad que éstos proclaman: una especie de ascesis mental más que un combate contra los que buscan ejercer poder a través de la falsedad. La verdad factual, aunque a menudo se la reduce a una mera opinión “con el resultado de verla desaparecer en la diversidad de puntos de vista” —como recuerda Arendt sucede igual con la verdad filosófica en el mito platónico de la caverna— (2016, 249), posee una resistencia intrínseca. Sin embargo, aunque parezca a simple vista paradójico, no está lejos de verse amenazada si no se salvaguarda deliberadamente, es decir, con un cuidado consciente y activo por parte de todos los partícipes del tejido público común: tanto los que ejercitan profesionalmente la política, como aquellos que son directamente responsables de relatar la verdad lejos de cualquier interés de poder y, en general, todas las personas, pues esa dimensión pública es imprescindible para la supervivencia de la humanidad, como ya se ha dicho.

## Conclusiones

### **A modo de conclusión: el camino hacia la reconciliación con la realidad**

El presente trabajo ha intentado explorar la posverdad y la polarización a través de conceptualizaciones de Hannah Arendt acerca de la realidad y la verdad factual, buscando la comprensión de estos fenómenos como manifestaciones contemporáneas de una ruptura entre el pensamiento y la realidad que revelan los hechos, tanto los históricos como los más cotidianos y manifiestos públicamente; en otras palabras, con la verdad de lo que acontece en el mundo. Una separación en forma de indiferencia o irrelevancia generalizada por la verdad factual, y de predominio de otras dimensiones subjetivas como las emociones, las creencias y elementos identitarios de diverso tipo: raciales, religiosos, sexuales, culturales, entre otros, en los que se busca un reconocimiento o la reivindicación de la dignidad personal. Esto que podría llamarse también una “alienación” frente a la realidad, se percibe a nivel individual, en grupos con intereses comunes, y en distintos ámbitos de la vida política: los que se dedican a hacer política y el electorado, en el ambiente de los medios de comunicación y en sus audiencias, en profesores y estudiantes en la academia.

Lejos de ser solo contingencias políticas o un producto exclusivo de la tecnología en la era digital y de las nuevas formas de comunicación con dominio creciente de las redes sociales, estos fenómenos se revelan a la luz de Arendt, como resultado de una disolución progresiva de la conexión con la verdad, con raíces anteriores a los planteamientos posmodernistas —que ella parece no haber alcanzado a conocer en su apogeo—, que se sustentan en la construcción social de la verdad o en la configuración de verdades por parte de los que detentan el poder; es decir, en la imposibilidad de la objetividad. Esta ruptura se traduce en la fragmentación del “mundo común” o del “tejido común” como también lo llama Arendt, esencial para que las personas —y, por ende, las instituciones públicas y privadas— puedan orientarse, coexistir y crecer dentro del diálogo y el consenso. La posverdad y la polarización generan el efecto disruptivo y al mismo tiempo, se nutren y propagan dentro de este ambiente de superación de la verdad.

El marco conceptual que se expresa en distintas obras de la autora alemana permite abrir una perspectiva adicional, que complementa las aproximaciones epistemológicas y de tipo ético más habituales. Arendt propone acercarse a la realidad desde la *comprensión*, como resultado de una actividad del pensamiento, distinta a la inteligencia que se orienta al conocimiento. La “hostilidad frente a la verdad factual” —como ella lo expresaba en su momento, pero resulta ser una observación apropiada también para el ambiente actual— no es un problema de falta de *conocimiento* de los hechos o de falsedad maliciosa, sino de una actitud más profunda: de una “ausencia de pensamiento” o “incapacidad de pensar”, que no es estrictamente una especie de estupidez. En este marco de ideas, puede sacarse provecho de una aproximación a la posverdad y la polarización como un problema de comprensión de la realidad, esto es, de un rechazo o desinterés por acoger la parte de la realidad que el hombre no puede construir o deformar a su gusto, hacia la aceptación de lo que *es*, de lo acontecido. Por lo anterior, la comprensión de los hechos implica para Arendt una tarea de *reconciliación* con la realidad, vinculada intrínsecamente a la apertura sincera e imparcial a la experiencia viva y a la investigación de los hechos del pasado.

La reconciliación aparece como un tema relevante en las reflexiones de Arendt, e incluso se considera dentro de su obra como “una idea central y rectora que profundiza nuestra comprensión de la política, la pluralidad y el juicio de Arendt” (Berkowitz 2017, 2). Roger Berkowitz realiza un análisis de la presencia de la reconciliación a lo largo de distintas obras, especialmente en su *Diario filosófico, La vida del espíritu, Comprensión y política*, y algunos de los ensayos compendiados bajo el título *Entre el pasado y el futuro*. En los argumentos de Berkowitz se plantea la reconciliación en Arendt, no como un concepto fijo sino como “una idea multifacética” que aplica de distintas maneras según su objeto. Consiste, por una parte, en un tipo de juicio o reacción frente a los actos que comportan un mal y que puede significar aceptación, solidaridad, comprensión, o mutuo acuerdo. También, y sobre todo, expresa un *modo* de relacionarse desde el pensamiento con la realidad toda; el modo de “establecerse” en medio de la realidad, de “asentarse en la brecha entre el pensamiento y el mundo”. Especialmente en tiempos cuando la realidad se vuelve extraña al pensamiento humano. Se trata de una “reconciliación reflexiva con la realidad” (*a thoughtful reconciliation to reality*) (23).

Arendt parte de la identificación con la reconciliación según Hegel, de la búsqueda de un estado de “paz” con el mundo, en una unidad entre el pensamiento y la realidad. Pero también se distancia radicalmente de la solución que planteaba el filósofo alemán. Para Arendt, esa paz no debe consistir en la racionalización de una necesidad subyacente en el mundo. Implica “establecerse” en la pluralidad de individuos y de opiniones, aunque en una “batalla” política continua (Berkowitz 2017, 25), fundada en hechos reconocibles —sobre los que debe también aceptarse que no se imponen siempre por sí solos y requieren de la persuasión— y, al mismo tiempo, abierta a la relación y el intercambio en los que se manifiestan la pluralidad y la libertad. Porque

si es verdad que una cosa tanto en el mundo de lo histórico-político como en el de lo sensible sólo es real cuando se muestra y se percibe desde todas sus facetas, entonces siempre es necesaria una pluralidad de personas o pueblos y una pluralidad de puntos de vista para hacer posible la realidad y garantizar su persistencia (Arendt 1997, 117).

Responder a la posverdad y la polarización en esta clave de reconciliación, en este realismo particular de Arendt, requiere adoptar un pensamiento crítico que recoja el hábito de distinguir y definir conceptos con precisión, como es habitual en su obra. Esto es esencial para preservar el vínculo del diálogo con lo factual y dar claridad a los debates, facilitando la puesta en común de las interpretaciones, las opiniones y los juicios necesarios para orientar la vida del hombre en la esfera pública. Buena parte de las discusiones que parecen no conducir a ninguna parte podrían beneficiarse de ese ejercicio de distinción sobre los conceptos personales y sobre los de otros, preguntando por lo que las contrapartes piensan de algún hecho, cuáles son los conceptos involucrados en su percepción y en su interpretación, y luego en los juicios que realizan. Tal vez, empezar por aclarar y definir conceptos, distinguir entre hechos y opiniones con mayor precisión, podría facilitar caminos hacia consensos reduciendo tensiones innecesarias. Las definiciones y los límites “borrosos” son precisamente un elemento frecuente y común en el contexto actual de polarización y posverdad.

Hablar de pensamiento crítico en el sentido Hannah Arendt no apunta a que “debamos aprender a ser más escépticos” (McIntyre 2018b, 82; 171), o a ser críticos en cuanto a dudar de todo, aunque sea de forma bien intencionada. Implica experimentar la realidad en el mundo, tomar distancia temporalmente de ese espacio para reflexionar, y retornar a él para comprender y orientarse

mejor. Significa tener una comprensión común de la realidad, nutrida de la pluralidad humana y la diversidad de perspectivas. Se trata de ejercitar el pensamiento lejos del relativismo y del subjetivismo; se busca una comprensión representativa propia de un auténtico sentido *común*, arraigado en la experiencia intersubjetiva que, por definición, requiere del diálogo para llegar a concordar en una misma verdad factual. El “pensamiento representativo”, como concepto esencial de Arendt —recogido de la “mentalidad amplia” kantiana—, se entiende como la acción mental de considerar puntos de vista diversos, de hacer presente los criterios de otros en la formación de las opiniones personales procurando la imparcialidad (Arendt 2016, 254). No es un perspectivismo ni es “empatía” con las ideas, gustos o sentimientos de otros; tampoco se trata de considerar posibles mayorías. Para Arendt, es un ejercicio de la imaginación —diferente a la fantasía— con el que la persona se desprende de los intereses individuales o los del grupo al cual pertenece, para percibir mejor los hechos y acercarse a opiniones con mayor validez. La verdad no se acomoda, ni tampoco se pueden construir juicios a partir del acuerdo funcionalista o pragmático, sino dentro de esta forma de contemplar y pensar la realidad, que puede entenderse como parte del camino hacia la relación reconciliada con la realidad, que aleja las actitudes posverdaderas y polarizantes.

En el debate público es difícil presentar verdades absolutas, incluso hechos absolutos, más todavía en el estado de hostilidad actual frente a la verdad. Si los hechos no se imponen por sí mismos, como se podrían imponer razonamientos lógicos, la persuasión seguirá siendo necesaria. No significa que sea imposible el acuerdo sobre verdades factuales: los hechos no son igual a las opiniones, pero es necesario aceptar que, en muchas ocasiones, estos deben cimentarse y “llegar a formar parte del mundo común compartido por el peso de una persuasión abrumadora” (Berkowitz 2017, 25). Esta aceptación es parte del proceso de reconciliación con la realidad, especialmente la actual. Lo esencial es que las partes o todos los comprometidos en el debate, reconozcan la autoridad de los hechos más evidentes, la “materia factual” de los argumentos, y, en un ejercicio de confianza desapasionada en las fuentes —que deben asentarse fuera del debate político—, establecer la distinción del hecho y la interpretación. Desde allí será posible avanzar en el diálogo sobre las perspectivas abiertas a la discusión, tanto en aceptación de *lo que es*, como en apertura al encuentro

en un mundo no polarizado sino auténticamente compartido. Esta puede ser una vía de salida al choque de narrativas ideológicas en el mundo de hoy. Lo que debe buscarse siguiendo el pensamiento de Arendt, sí es la construcción de narrativas comunes, narraciones (*storytelling*) que cuenten la verdad y de esta forma no sean medios de mayor alienación, posverdad y polarización, sino “medios de reconciliación con la realidad [y por ende], de una comprensión común de la realidad”<sup>27</sup> (Hill 1979, 289).

Este tipo de comprensión y de compromiso en el debate público puede significar el regreso al respeto por la verdad que reclama McIntyre, pero considerando las particularidades del mundo político que analiza Arendt. El filósofo norteamericano aboga por la recuperación primordial del método científico para “sortear los prejuicios, el razonamiento motivado y los errores que pueden saturar el pensamiento individual” (McIntyre 2015, 43), y aplicar con más rigurosidad sus criterios en las ciencias sociales como se hace en las naturales. En esto, McIntyre muestra su inclinación a ver en el “negacionismo científico”, vinculado a agendas políticas particulares, el principal antecedente de la posverdad y del rechazo a la objetividad que promueve la polarización. Sin embargo, cuando se torna la atención hacia las definiciones de Arendt sobre el tipo especial de verdad que está en juego frente al poder político, la verdad factual, y su vulnerabilidad inherente, se puede abordar el problema desde una complejidad mayor, que es necesaria. Porque la situación es más compleja que una cuestión metodológica.

Arendt considera que el ámbito humano y político, al ser contingente, impredecible, particular y plural, no está sujeto a leyes universales o necesarias. El método propio de las ciencias resulta inadecuado para el campo de la política, aunque sea dentro de la historia o las ciencias sociales, porque “prescribe condiciones, condiciones para el comportamiento humano, así como la física prescribe condiciones para los procesos naturales [...] a través de una ciencia de ingeniería de las relaciones humanas” (Arendt 2016, 67). Además, conduce a la alienación frente a la realidad (64) al pretender reconocer la verdad solo por la consistencia del método o de la lógica interior, dentro de

---

<sup>27</sup> Traducción propia

la actitud fundamental de sospecha —típicamente moderna— frente a la experiencia de los sentidos sensoriales y del sentido común. Sobre todo, por el “adormecimiento” de este último, “que es nada menos que nuestro órgano mental para percibir, comprender y tratar a la realidad y a los hechos” (2015, 85). Se trata del riesgo que preocupa a Arendt, ya presente desde la modernidad, de permanecer en el racionalismo científicista que aleja del asombro, de la contemplación de la realidad, propia del pensamiento y distinto de la “cognición” por el cual se desarrolla principalmente la ciencia (2009, 187). McIntyre ve en la ciencia la oposición más adecuada a la ideología (McIntyre 2015, 120), pero conviene considerar el riesgo no solo moderno sino también presente, de que la ciencia misma adquiera vicios ideológicos, saliendo de su propio dominio de conocimiento, que no es político, y se procure como proceso primordial en la comprensión de la realidad y la distinción de la verdad, como ocurre por ejemplo, en el uso de la ciencia de los datos y los modelos computacionales aplicados en ciencias cuyo objeto de conocimiento es la persona humana y sus relaciones en la sociedad.

Razonar en forma de ‘tener en cuenta las consecuencias’, significa omitirlo inesperado, el propio hecho, ya que sería irrazonable o irracional esperar lo que no es más que una ‘infinita improbabilidad’. Puesto que el hecho constituye el propio tejido de la realidad en la esfera de los asuntos humanos, en la que lo ‘totalmente improbable ocurre regularmente’, es muy poco realista no tenerlo en cuenta, es decir, no tener en cuenta algo con lo que nadie puede contar con seguridad (Arendt 2009, 326).

La tarea de reconciliación con la realidad implica adoptar nuevas actitudes, más que de métodos, como tarea personal y también institucional. Requiere reconocer el lugar específico que cada actor debe ocupar en el debate público, donde unos participan activamente comunicando e incluso persuadiendo por el discurso sus interpretaciones y opiniones. Otros deben encontrar su espacio más propio, fuera del compromiso político particular, pero con la responsabilidad permanente por la búsqueda de la verdad, particularmente esa que es más útil para la vida en la esfera pública y para la correcta configuración de las opiniones, los juicios y las decisiones: la verdad factual.

## **Perspectivas adicionales de Arendt para los desafíos presentes**

Quedan otros aspectos relevantes del pensamiento de Arendt que pueden iluminar el ambiente actual de posverdad y polarización en la política y pueden ser materia para otros trabajos, bajo la misma conceptualización de la política como espacio común —no solo como ejercicio de una actividad— y de la ruptura o alienación del hombre con esa realidad común, que termina en si misma desintegrada, al perderse la “contigüidad humana”<sup>28</sup> (2009, 204). En otros ensayos de Arendt es posible continuar encontrando claves para la comprensión de las circunstancias políticas actuales. Esto se evidencia en sus ensayos sobre la crisis en la cultura y la crisis en la educación, incluidos en la recopilación *Entre el pasado y el futuro*. En ellos, aborda temas como la politización y el pragmatismo moderno en la educación, que busca “sustituir el aprender por el hacer” bajo una ideología del progreso y en favor de la tecnología. También realiza una crítica a la cultura de masas, la del “hombre masa”, incapaz de distinguir y formular juicios, donde la cultura, al instrumentalizarse, tiende a transformarse en entretenimiento. Son reflexiones en las que el común denominador es similar al que impulsa las dinámicas de la posverdad y la polarización según se ha examinado en este trabajo: el alejamiento del hombre de la realidad circundante que, a su vez, conduce a la pérdida de compromiso y de responsabilidad en lo que Arendt denomina “la tarea de renovar un mundo común” (208).

---

<sup>28</sup> “*Human togetherness*” (Arendt 1998, 180)

## Referencias bibliográficas

- Adler, Laure. 2019. *Hannah Arendt Una biografía*. Traducido por Isabel Margelí. 1a ed. Ariel. Barcelona: Editorial Planeta. Kindle.
- Arendt, Hannah. 1997. *¿Qué es la política?* Traducido por Rosa Sala Carbó. Pensamiento Contemporáneo 49. Barcelona: Paidós.
- . 1998. *The Human Condition*. Traducido por Margaret Canovan. 2a ed. Chicago: The University of Chicago Press.
- . 2002. *La vida del espíritu*. Traducido por Fina Birulés y Carmen Corral. Paidós Básica 110. Barcelona: Paidós Ibérica.
- . 2006. *Between Past and Future: Eight Exercises in Political Thought*. Nueva York: Penguin Books. Epub.
- . 2009. *La condición humana*. Traducido por Ramón Gil Novales. 1ra ed. 5ta reimpresión. Estado y sociedad. Buenos Aires: Paidós.
- . 2010. *Lo que quiero es comprender: Sobre mi vida y mi obra*. Traducido por Manuel Abella y José Luis López de Lizaga. 1a ed. Estructuras y Procesos. Serie Filosofía. Madrid: Trotta Editorial S.A.
- . 2014. *Los orígenes del totalitarismo*. Traducido por Guillermo Solana. 1a ed. 7a reimpresión. Alianza Ensayo. Madrid: Alianza Editorial.
- . 2015. *La Crisis de la República*. Traducido por Guillermo Solana Alonso. Colección Estructuras y procesos. Serie Ciencias sociales. Madrid: Trotta. PDF.
- . 2016. *Entre el pasado y el futuro*. Traducido por Ana Luisa Poljak Zorzut. 2a ed. Barcelona: Ediciones Península.
- Arendt, Hannah, y Mary McCarthy. 1995. *Between Friends: The Correspondence of Hannah Arendt and Mary McCarthy, 1949-1975*. Editado por Carol Brightman. 1a ed. Nueva York: Harcourt Brace.
- Axios Founders: Who Broke American Media?* 2025. Video. The Free Press. [https://www.youtube.com/watch?v=m\\_CLU25\\_36s](https://www.youtube.com/watch?v=m_CLU25_36s).
- Berkowitz, Roger. 2017. "Reconciling Oneself to the Impossibility of Reconciliation: Judgment and Worldliness in Hannah Arendt's Politics". En *Artifacts of Thinking: Reading Hannah Arendt's Denktagebuch*, editado por Roger Berkowitz y Ian Storey, 1a ed., 9–36. Nueva York: Fordham University Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1hfr0q2.4>.
- Bernstein, Richard. 2019. *¿Por qué leer a Hannah Arendt hoy?* Traducido por Federico Colmenares y Santiago Rey. 1a ed. Barcelona: Gedisa. Kindle.
- Biskowski, Lawrence J. 1993. "Practical Foundations for Political Judgment: Arendt on Action and World". *The Journal of Politics* 55 (4): 867–87. <https://doi.org/10.2307/2131940>.

- Blaney, Stephen Ornstein, Josh Dhyani, CJ. 2024. “States Impose Commercial Financing Disclosure Requirements”. Of Interest. el 3 de septiembre de 2024. <https://www.alstonconsumerfinance.com/states-impose-commercial-financing-disclosure-requirements/>.
- Bramson, Aaron, Patrick Grim, Daniel J. Singer, William J. Berger, Graham Sack, Steven Fisher, Carissa Flocken, y Bennett Holman. 2017. “Understanding Polarization”. *Philosophy of Science* 84 (1): 115–59. <https://www.jstor.org/stable/26551816>.
- Broadbent, Alex. 2017. “It Will Take Critical, Thorough Scrutiny to Truly Decolonise Knowledge”. The Conversation. el 1 de junio de 2017. <http://theconversation.com/it-will-take-critical-thorough-scrutiny-to-truly-decolonise-knowledge-78477>.
- Canovan, Margaret. 1985. “Politics as Culture: Hannah Arendt and the Public Realm”. *History of Political Thought* 6 (3): 617–42. <https://www.jstor.org/stable/26212420>.
- Chua, Amy. 2018a. *Political Tribes: Group Instinct and the Fate of Nations*. 1a ed. Nueva York: Penguin Press. Epub.
- . 2018b. Yale Law Professor Explains The Rise Of Political Tribalism Entrevistado por CNBC. Video. <https://www.youtube.com/watch?v=7MqFy-1y5JM>.
- Coronel, Omar, y Sofia Donoso. 2024. “Olas de protesta, estallidos sociales y partidos políticos en América Latina: dinámicas y consecuencias”. *Desafíos* 36 (1). <https://revistas.urosario.edu.co/index.php/desafios/article/view/14429>.
- Duncan, Megan. 2017. “Weekly Press Must Help Extricate Readers from ‘Silos of Ideology’”. *Center for Journalism Ethics* (blog). el 22 de mayo de 2017. <https://ethics.journalism.wisc.edu/2017/05/22/9083/>.
- Ferraris, Maurizio. 2019. *Posverdad y otros enigmas*. Traducido por Carlos Caranci Sáez. Digital. Madrid: Alianza Editorial. Kindle.
- Fraga, Xesús. 2017. “El proceso catalán ha estado lleno de manipulación tendente a la posverdad”. La Voz de Galicia. el 27 de diciembre de 2017. [https://www.lavozdeg Galicia.es/noticia/cultura/2017/12/27/proceso-catalan-estado-lleno-manipulacion-tendente-posverdad/0003\\_201712G27P35991.htm](https://www.lavozdeg Galicia.es/noticia/cultura/2017/12/27/proceso-catalan-estado-lleno-manipulacion-tendente-posverdad/0003_201712G27P35991.htm).
- Francis Fukuyama: Identity*. 2019. Video. Chicago Humanities Festival. <https://www.youtube.com/watch?v=GxZBsALaVys>.
- Fukuyama, Francis. 2017. “The Emergence of a Post-Fact World”. Project Syndicate. el 12 de enero de 2017. <https://www.project-syndicate.org/magazine/the-emergence-of-a-post-fact-world-by-francis-fukuyama-2017-01>.
- . 2018a. “Against Identity Politics: The New Tribalism and the Crisis of Democracy”. *Foreign Affairs* 97 (5): 90–114. <http://www.jstor.org/stable/44823914>.
- . 2018b. *Identity: The Demand for Dignity and the Politics of Resentment*. New York: Farrar, Straus and Giroux. [www.fsgbooks.com](http://www.fsgbooks.com).
- Gandour, Ricardo. 2016. “Decline of Traditional Media Feeds Polarization”. Columbia Journalism Review. el 19 de septiembre de 2016. [https://www.cjr.org/analysis/media\\_polarization\\_journalism.php](https://www.cjr.org/analysis/media_polarization_journalism.php).

- Gros Espiell, Héctor. 1992. “Disertación del señor ministro de relaciones exteriores”. En *V Centenario del descubrimiento de América: conferencias*. Montevideo: Biblioteca del poder legislativo.  
[https://pmb.parlamento.gub.uy/pmb/opac\\_css/index.php?lvl=notice\\_display&id=41032](https://pmb.parlamento.gub.uy/pmb/opac_css/index.php?lvl=notice_display&id=41032).
- “HARDtalk, Haidt: US University Campuses Are ‘Exploding’”. 2024. BBC. el 5 de mayo de 2024.  
<https://www.bbc.co.uk/programmes/p0hw6wt8>.
- Hill, Melvyn A., ed. 1979. *Hannah Arendt: The Recovery of the Public World*. Nueva York: St. Martin’s Press.
- Is Reason Enough? Why Your Opponents Won’t Listen*. 2015. Video. TomWoodsTV.  
<https://www.youtube.com/watch?v=K3ks4LxL1tg>.
- Iyengar, Shanto, Gaurav Sood, y Yphtach Lelkes. 2012. “Affect, Not Ideology”. *Public Opinion Quarterly* 76 (3): 405–31. <https://doi.org/10.1093/poq/nfs038>.
- Julià, Albert. 2022. “Reseña. Posverdad y otros enigmas”. *Monograma Revista Iberoamericana de Cultura y Pensamiento* 11 (enero):164–260.
- Kakutani, Michiko. 2019. *La muerte de la verdad: notas sobre la falsedad en la era Trump*. Traducido por Amelia Pérez de Villar. 1a ed. Serie ensayo. Barcelona: Galaxia Gutenberg. Ebook.
- Keyes, Ralph. 2011. *The Post-Truth Era: Dishonesty and Deception in Contemporary Life*. 1a ed. Nueva York: St. Martin’s Press. Ebook.
- “La posverdad nos hace dejar de creer”. 2021. Digital Future Society. el 28 de abril de 2021.  
<https://digitalfuturesociety.com/es/qanda/la-posverdad-nos-hace-dejar-de-creer-por-lee-mcintyre/>.
- McCoy, Jennifer. 2022. “Reflexiones sobre el populismo y la polarización en América Latina y sus consecuencias para la democracia”. *Desafíos* 34 (2): 1–19.  
<https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.11307>.
- McIntyre, Lee. 2015. *Respecting Truth: Willful Ignorance in the Internet Age*. 1a ed. Nueva York: Taylor & Francis Group. Ebook.
- . 2018a. *Post-Truth*. 1a ed. Essential Knowledge. Cambridge, Massachusetts London, England: The MIT Press. Epub.
- . 2018b. *Posverdad*. Traducido por Lucas Álvarez. 1a ed. Teorema. Madrid: Ediciones Cátedra.
- . 2023. *On Disinformation: How to Fight for Truth and Protect Democracy*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press. PDF.
- Moya, Eugenio. 2019. “Cliques, luego existo. Filosofía, internet y demarquía”. *Anuario Filosófico* 52 (3). <https://doi.org/10.15581/009.52.3.006>.
- Murillo, María Victoria. 2021. “Protestas, descontento y democracia en América Latina”. *Nueva Sociedad*, núm. 294 (agosto), 4–13. <https://nuso.org/articulo/protestas-descontento-y-democracia-en-america-latina/>.
- Naím, Moisés. 2019. “La Globalización de La Polarización”. Moisés Naím. el 20 de enero de 2019.  
<https://www.moisesnaim.com/mis-columnas/2020/1/9/la-globalizacin-de-la-polarizacin>.

- . 2022. *La revancha de los poderosos: Cómo los autócratas están reinventando la política en el siglo XXI*. Traducido por María Luisa Rodríguez Tapia. 1a ed. Ensayo y Pensamiento. Barcelona: Debate. eBook.
- Newman, Nic. 2023. “Overview and Key Findings of the 2023 Digital News Report”. el 14 de junio de 2023. <https://reutersinstitute.politics.ox.ac.uk/digital-news-report/2023/dnr-executive-summary>.
- Origins of Totalitarianism (#14: Ideology and Terror: A Novel Form of Government)*. 2024. Video. Hannah Arendt Center for Politics and Humanities at Bard College. <https://www.youtube.com/watch?v=Z7ZfIPfThi0>.
- “Oxford Word of the Year 2016 | Oxford Languages”. s/f. Consultado el 22 de marzo de 2024. <https://languages.oup.com/word-of-the-year/2016/>.
- “«Polarización», palabra del año 2023 para la FundéuRAE”. 2023. el 27 de diciembre de 2023. <https://www.fundeu.es/recomendacion/polarizacion-palabra-del-ano-2023-para-la-fundeurae/>.
- Ruscitti, Rocío Miranda, y Amalia Petrongolo. 2022. “Desmonumentalización: diálogos para pensar el territorio desde la decolonialidad y la memoria. Entrevista a Natalia Cabanillas”. *Aletheia* 13 (25): e141. <https://doi.org/10.24215/18533701e141>.
- Secretaría de Cultura de México. 2019. “12 de octubre 1492; ¿descubrimiento de América?” [gob.mx](http://www.gob.mx/cultura/articulos/12-de-octubre-1492-descubrimiento-de-america?idiom=es). el 11 de octubre de 2019. <http://www.gob.mx/cultura/articulos/12-de-octubre-1492-descubrimiento-de-america?idiom=es>.
- The Economist*. 2016. “Art of the Lie”, el 10 de septiembre de 2016. <https://www.economist.com/leaders/2016/09/10/art-of-the-lie>.
- Tilley, James, y Sara B. Hobolt. 2023. “Brexit as an Identity: Political Identities and Policy Norms”. *PS: Political Science & Politics* 56 (4): 546–52. <https://doi.org/10.1017/S1049096523000367>.
- Turkle, Sherry. 2020. *En Defensa de la Conversación: El Poder de la Conversación en la Era Digital*. Traducido por Joan Eloi Roca. 1a ed. Barcelona: Ático de los Libros. Ebook.
- Two incompatible sacred values in American universities*. 2016. Video. Hayek Lecture Series. Duke University Department of Political Science. <https://www.youtube.com/watch?v=Gatn5ameRr8>.
- Tyner, Andrew H. 2017. “Action, Judgment, and Imagination in Hannah Arendt’s Thought”. *Political Research Quarterly* 70 (3): 523–34. <https://www.jstor.org/stable/26384921>.
- Zafrilla, Pedro Jesús Pérez. 2022. “El tribalismo digital, entre la furia y la farsa: pinchemos la burbuja de la polarización artificial en internet”. *Opinião Pública* 28 (1): 33–61. <https://doi.org/10.1590/1807-0191202228133>.